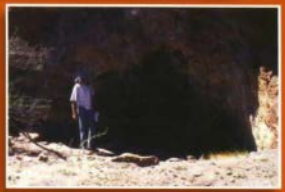


PREHISTORIA DE ACONCAGUA

Ediciones del
CENTRO ALMENDRAL
Corporación CIEM Aconcagua

Centro de Artes y Oficios
ALMENDRAL
Corporación CIEM Aconcagua

Dirección: Jorge Razeto Migliaro
Producción: Daniel Pavlovic Barbaric
Investigación y Redacción: Daniel Pavlovic B., Rodrigo Sánchez R., Andrés Troncoso M.
Comité Editorial: Jorge Razeto M., Daniel Pavlovic B., Martín Quintanilla N.
Dirección de Arte: Martín Quintanilla Nieva
Diagramación: Marcela Meneses Castro
Estilo: Ana María Fermandois Vöheringer
Gestión Fotográfica: Marcela Meneses, Daniel Pavlovic, Martín Quintanilla
Imprenta: Iván Carreño Ibaceta
Administración: Mariela Canelo Saá
Servicios: Andrea Vargas Galdames, Sergio Donoso Cordero, Ángel Arias Villalobos

©Ediciones del Centro Almendral
Corporación CIEM Aconcagua
Primera Edición, Marzo 2003
Colección Cuadernos Patrimoniales I.S.B.N.956-8127-02-X
Vol. 2. Prehistoria de Aconcagua. I.S.B.N 956-8127-10-0

Impreso en los Talleres Gráficos del Centro de Artes y Oficios Almendral.
Almendral 3627 ex convento Franciscano. San Felipe
tel / fax (34) 536 649 - 537 980. Casilla 11D Correo de San Felipe
e-mail: centroalmendral@unete.com

Impreso en Chile
Prohibida su reproducción total o parcial

Fotos: págs. 2 y 3 Panorámica aérea Cerro Mercachas.
págs. 108 y 109 Valle de Putaendo desde Pucara El Tártaro.

PREHISTORIA DE ACONCAGUA

Daniel Pavlovic - Rodrigo Sánchez - Andrés Troncoso

«Este valle de Anconcagua
es mejor y mas abundoso
que todos los pasados.
Tiene 3 leguas de ancho
por las más partes,
y por otros, poco menos.
Tiene de la syerra a la mar
XX leguas.
Tiene ovejas y mucho mayz
y algarrobales.
Corre por este valle
vn rrio cavdaloso.
Tienen sacado los naturales
XX y dos açequias grandes
para rregar todas las tierras
que cultiuan y sienbran.»

Gerónimo de Vivar: Crónica y relación copiosa
y verdadera de los Reinos de Chile. (1558)

AGRADECIMIENTOS

Los antecedentes sobre los antiguos habitantes de Aconcagua y sus realizaciones vertidos en este libro son resultado del esfuerzo realizado por distintos estudiosos a través de más de cien años.

Los avances realizados por ellos han sido continuados gracias al apoyo y el trabajo de una serie de instituciones y personas, cuya colaboración también ha sido fundamental para llevar a cabo este libro. A todos ellos, los autores les dan unos merecidos agradecimientos.

A la FUNDACIÓN AVINA, la cual ha hecho posible en gran medida la producción de este texto.

A la Comisión Nacional de Ciencia y Tecnología (CONICYT), la cual, a través de sus proyectos Fondecyt ha permitido el desarrollo de proyectos 1970531 y 1000172, gracias a los cuales los autores del presente libro han podido contribuir a la prehistoria de la zona.

A la Sociedad Chilena de Arqueología y el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile, instituciones patrocinadoras y centros de estudios que han hecho posible el desarrollo de los proyectos de investigación arqueológica del valle de Aconcagua.

A la arqueóloga Nuriluz Hermosilla, por todo el material facilitado sobre sus investigaciones en las sierras de Chacabuco y las ricas tierras de Panquehue (proyectos Fondecyt N° y 1960930 y 1990067).

Al arqueólogo Rubén Stehberg, quien facilitó información inédita e imágenes sobre la caverna Piuquenes y la presencia incaica en la zona.

Al Museo Arqueológico de Los Andes y su director, Carlos Coros, por el acceso a las colecciones depositadas en esta institución y a sus conocimientos sobre la Prehistoria de la zona.

A la Sociedad de Historia y Arqueología de San Felipe, y en especial, a Don Benjamín Olivares, por su labor de rescate y preservación del pasado indígena de Aconcagua y su contribución a nuestros estudios.

A los colegas Luis Cornejo, Carola Belmar y José Blanco, por su desinteresada ayuda en esta empresa.

A los colegas trasandinos Mariano Gambier y María Teresa Michieli, directores del Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo de la Universidad Nacional de San Juan, por permitir conocer la riqueza arqueológica de Cuyo y compartir con nosotros el conocimiento adquirido a los largo de muchos años de estudio.

A las diferentes personas y colectivos que nos han facilitado el acceso a terrenos de su propiedad o por ellos administrados, tales como la Sociedad Agrícola y Ganadera Tongoy, la Asociación de Parceleros de Piguchén, Carlos Rivacoba (Fundo El Castillo, Calle Larga), Vladimir Luksic (Agrícola Portezuelo), Matias Bertrand (Agrícola El Triunfo), Familia Marin e Inés Arancibia (Fundo Pio Rio), Victor Bettoli y Corpora Agrícola S. A. (Fundo Bellavista, San Felipe), entre otros.

A Eduardo León y Roberto Mercado, por las facilidades otorgadas y la guía especializada entregadas en el estudio de las manifestaciones arqueológicas de la comuna de Santa María.

A los pilotos Patricio Bonelli y Luis Rodríguez y al Club Aéreo de Los Andes, gracias a los cuales pudimos obtener las imágenes aéreas que se incluyen en el texto.

A todos aquellos colegas, estudiantes, colaboradores e informantes quienes nos han acompañado en nuestras expediciones por la zona, ayudándonos a conocer y comprender su patrimonio arqueológico.

A la Familia Orellana y al personal de "La Palmera", de Putaendo, y la señora Onesima Henriquez y su familia, de Santa María, por el acogedor alojamiento que nos han brindado durante nuestras campañas de terreno.

Al personal del Centro de Artes y Oficios Almendral, de la Corporación CIEM Aconcagua, quienes hicieron posible la realización de este libro.

A los antiguos habitantes de Aconcagua, quienes nos legaron un Patrimonio rico y diverso, el cual debemos conocer y proteger.

Y finalmente, a los habitantes de toda la zona, los cuales siempre nos han recibido con los brazos abiertos y una sonrisa, soportando amablemente nuestros interrogatorios y entregándonos sus "saberes" sobre los antiguos "indios" y sus obras.

A LOS LECTORES

Desde hace varios años, nuestra Corporación CIEM Aconcagua trabaja por el desarrollo de una conciencia patrimonial, en su más amplio sentido. Talleres, cursos y programas de formación, estudios y publicaciones, participación en seminarios nacionales e internacionales; y principalmente el recorrido por nuestra tierra y la conversación con su gente, nos han ido formando una profunda convicción, que el desarrollo no puede ser a toda costa y que el mejoramiento de la calidad de vida de nuestra comunidad, se relaciona muy directamente con la capacidad que tengamos de cuidar nuestros tesoros. Si los gastamos los perdemos, por que ya los habremos cambiado por otras cosas. Nuestra riqueza se puede dilapidar cambiándose por cuentas de vidrio, como ha sido nuestra humana costumbre. En fin, una historia demasiado conocida, demasiado triste y trágica como para seguirla repitiendo.

Nuestro patrimonio es amplio y diverso, y hace referencia al conjunto de bienes comunes que poseemos como comunidad de Aconcagua. Sus expresiones más evidentes hacen referencia a la naturaleza y a la cultura, destacando con ello a una multiplicidad de ámbitos diversos y complementarios. El patrimonio natural alude al conjunto de especies de flora y fauna nativa de un lugar y al paisaje que los contiene; en tanto el patrimonio cultural alude al conjunto de expresiones resultantes de la intervención del hombre a lo largo de su historia, sean ellas materiales o intangibles. Aquí caben por su parte los vestigios arqueológicos, las antiguas construcciones, las diversas formas de trabajo humano, las costumbres y leyendas de un lugar entre muchas otras.

Con este libro titulado "Prehistoria de Aconcagua", nuestra Corporación inaugura y ofrece a la comunidad el Segundo Número de la serie llamada "Colección de Cuadernos Patrimoniales de Aconcagua". La llamamos Colección porque vendrán otros números. La llamamos cuadernos, porque esperamos que sobre ellos se escriba y trabaje. Aspiramos que sea al mismo tiempo una guía educativa, un libro de cabecera y un instrumento que estimule la reflexión de grupos y talleres. Queremos que dé qué hablar y qué pensar

La "Prehistoria de Aconcagua" en primer lugar se orienta a los jóvenes. Es motivador y educativo. Queremos que esté en las salas de clase y bibliotecas de los Liceos y Colegios de Aconcagua; en todos ellos, sin distinción alguna, porque no hay diferencia humana que lo justifique.

En segundo lugar se orienta a las familias y grupos de la comunidad que tengan alguna sensibilidad por el tema, y hacia aquellas que progresivamente la vayan adquiriendo. Esperamos influir en esto, de manera que poco a poco, seamos una gran comunidad más consciente y responsable con nuestro patrimonio arqueológico.

Se ofrece ampliamente a la Sociedad Civil, a las Organizaciones Sociales y Comunitarias, a los Organismos no Gubernamentales, Corporaciones y Fundaciones de nuestra comunidad, como un instrumento educativo que colabore en el logro de sus objetivos y metas más nobles y altruistas.

También se orienta a las diversas instancias de autoridad de las 10 comunas que comprende Aconcagua. A los Municipios y Servicios Públicos del Estado, a sus representantes y funcionarios, como un instrumento más, que les ayude a cumplir la misión y obligación de protección y resguardo patrimonial que la ley les asigna.

Se ofrece encarecidamente a las empresas, de todo tamaño, micro, pequeñas, medianas y grandes, que legítimamente existen en nuestro territorio, para que al trabajar y explotar los recursos naturales que poseemos, asuman una opción empresarial responsable con los restos arqueológicos que en sus faenas puedan descubrir en forma fortuita, para que avisen a los técnicos y autoridades competentes y colaboren en su protección, estudio y resguardo.

Finalmente también se ofrece a la comunidad nacional e internacional en general, y particularmente a los turistas, para que al venir a nuestra tierra, valoren los vestigios arqueológicos de nuestra tierra, para que respeten nuestra riqueza más esencial, recuerden que aquí vive una comunidad que trata de cuidar lo que tiene y nos imite, para que en su propio lugar de vida y trabajo, también piense que existen diversas formas de patrimonio que los necesita y sobre las cuales debe asumir algún grado de responsabilidad.

La tarea de investigación ha sido larga y bella, con muchas caminatas, cabalgatas y fotografías, que nos han hecho crecer, hemos aprendido a "leer" en los vestigios encontrados un mundo preexistente, de gente que vivía en estas tierras, que trabajó la tierra y la piedra, que realizaba ritos y se encomendaba a sus dioses, que se reproducía y relacionaba con la naturaleza en forma cotidiana y durante miles de años, sin alterar estructuralmente el paisaje de entonces. También hemos descubierto con sorpresa la destrucción masiva y sistemática de muchos vestigios únicos e irrecuperables, que se han perdido llevándose valiosa información, tanto en manos de inescrupulosos comerciantes o coleccionistas privados, que en forma irracional e inconsciente, nos han privado de valioso conocimiento. Igualmente máquinas y trabajos de faenas mineras o camineras, han destruido para siempre piezas y sitios de inigualable valor arqueológico.

El entusiasmo y la sorpresa nos han acompañado en este descubrimiento. Con ello, sin lugar a duda hemos crecido y avanzado en nuestra misión como un organismo sin fines de lucro, orgullosos de continuar este largo y hermoso camino de trabajo, que compromete nuestra más profunda esencia con esta tierra y su comunidad, como expresiones generosas y dañadas de una unidad territorial, hermosamente llamada Aconcagua, a la cual pertenecemos y de la cual .....nos hacemos arte y parte.

COMITÉ EDITORIAL

INDICE

I. INTRODUCCIÓN 16

I.a.- Preservación del Patrimonio Arqueológico y Legislación. 18
I.b.- Historia de la Investigación. 19

II. SÍNTESIS PREHISTÓRICA 22

II.a.- Los Primeros Habitantes: Los Cazadores y Recolectores de los Periodos Paleoindio y Arcaico (40.000? a 300 a.C.) 22

II.b.- Horticultores y Ceramistas: Las Comunidades del Período Alfarero Temprano (300 a.C. a 1.000 d.C.) 30

II.c.- Agricultores y Constructores de Túmulos: Las Poblaciones del Período Intermedio Tardío (1.000 a 1.400 d.C.). 42

II.d.- El Tawantinsuyu en Aconcagua: El Período Inka (1.400 a 1.536 d.C.) 60

II.e.- "Las Piedras Marcadas": El Arte Rupestre de Aconcagua 72

III. RECAPITULACIÓN 90

IV. UNA BREVE GUÍA PARA CONOCER MÁS ACERCA DEL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO DE ACONCAGUA 92

V. GLOSARIO 95

VI. BIBLIOGRAFÍA 101

I. INTRODUCCIÓN

Transcurría el año 1536 de nuestra era cuando la expedición de don Diego de Almagro arribó a lo que actualmente conocemos como Valle de Aconcagua y que en aquel tiempo se denominaba de "Chile".

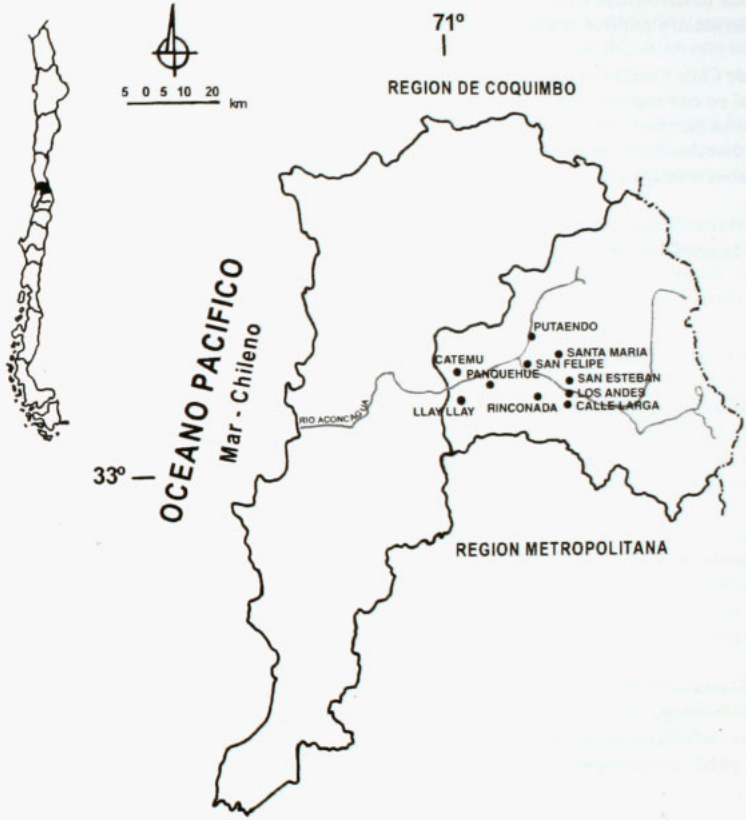
Esta fecha marca el inicio del registro escrito de los eventos sociales, políticos, religiosos y económicos acaecidos en nuestro territorio, todos los cuales constituyen la historia nacional.

Pero estos 466 años representan una fracción ínfima de lo que ha sido el devenir de nuestra especie en lo que actualmente constituye nuestro país, ya que la presencia humana se habría iniciado en forma segura hace unos 13.000 años y quizás mucho antes, ya que el arribo de los grupos humanos a América podría haber comenzado alrededor del 40.000 antes de Cristo.

Los documentos que se utilizan para estudiar este prolongado período de tiempo, denominado Prehistoria, no son escritos, sino que corresponden a los restos materiales de las actividades desarrolladas por los grupos humanos que han habitado nuestro territorio y que han sobrevivido al paso del tiempo.

Estos Constituyen el Patrimonio Cultural Arqueológico y entre estos se pueden contar una gran variedad de artefactos en piedra, hueso, arcilla, madera y otros materiales, restos arquitectónicos, tumbas con restos óseos humanos y sus ofrendas, antiguos sitios de vivienda, el arte rupestre, y otros.

Mapa de la V Región con especificación de las Provincias de San Felipe y Los Andes



Estas evidencias son estudiadas e interpretadas por la Arqueología, una disciplina cuya denominación proveniente del griego, significa "estudio de lo antiguo". Esta ciencia utilizando técnicas y metodologías de la Antropología y otras Ciencias Sociales, de las Ciencias Naturales (geología, ecología, biología y otras) y otras desarrolladas en su propio seno, intenta reconstruir, al menos en parte, la economía, la organización social y política, la ideología de los grupos humanos que ya han desaparecido.

En el caso de Chile Central en general y Aconcagua en específico, el Patrimonio Arqueológico se vuelve fundamental en esta reconstrucción, debido a que fueron escasos los testimonios escritos que dejaron los conquistadores europeos sobre los pobladores nativos con que se encontraron en estos valles, y al rápido proceso de desestructuración que sufrió su sociedad y consiguiente abandono de sus modos de vida tradicionales, que se produjo como fruto del fuerte impacto cultural al que se vieron sometidos.

El presente texto tiene por objetivo exponer lo que sabemos sobre estos grupos, su legado y sus antepasados, los verdaderos descubridores de esta tierra de cerros y valles.

I.a. Preservación del Patrimonio Arqueológico y Legislación.

Aunque se podría decir que los principales elementos que afectan la preservación del Patrimonio Arqueológico son los agentes climáticos y los procesos físico y químicos que actúan sobre los terrenos en donde este se haya depositado o instalado, no hay duda de que la acción humana, sea intencional o no, se ha transformado, en la actualidad, en la principal causa de su destrucción y pérdida irremediable.

El contratista que prefiere destruir un petroglifo y pagar la multa a modificar el trazado de un camino, el campesino que al encontrar una vasija hace tiro al blanco con ella y el instruido profesional que estimula el saqueo de tumbas al comprar en el mercado negro un nuevo textil para adornar el estar de su casa, son expresiones del poco respeto y grave desconocimiento que gran parte de la población de nuestro país tiene acerca del significado y valor incalculable de estas evidencias.

Las causas de esta actitud hacia los restos arqueológicos tiene su origen fundamental en la escasa importancia que se le otorga al pasado prehispánico en los planes educacionales y en la falta de lugares que presenten las condiciones adecuadas para la exhibición, difusión y preservación del Patrimonio Arqueológico, el cual puede ser considerado un recurso no renovable, un recurso que una vez destruido es irrecuperable.

Y este recurso no sólo tiene un valor científico puro (en términos de los datos que podamos obtener acerca de antiguos modos de vida), sino también como un elemento que puede ayudar a reforzar la identidad cultural local e incluso nacional, y que, además posee un rico potencial turístico.

En síntesis, si conocemos la importancia de este patrimonio, si aprendemos a valorarlo y protegerlo, estaremos preservando para nosotros y nuestros descendientes las huellas que han dejado en este territorio los hombres a través de miles de años de Prehistória.

Considerando estas situaciones, el Estado chileno ha protegido el Patrimonio Arqueológico Prehispánico del país a través de la promulgación de la Ley N° 17.288 (1970) sobre Monumentos Nacionales y del decreto N° 484, que contiene el Reglamento sobre Prospecciones y/o excavaciones arqueológicas.

La Ley N° 17.288 establece que todos los sitios y piezas arqueológicas que se encuentren situadas sobre o bajo la superficie del territorio nacional son considerados monumentos arqueológicos, una categoría especial de monumento nacional, y que por el sólo ministerio de la ley son propiedad del Estado. Ello implica que la destrucción premeditada, el saqueo y venta de cualquier pieza arqueológica está penada por la ley.

El Consejo de Monumentos Nacionales, un organismo dependiente del Ministerio de Educación, es la institución encargada de velar por el cumplimiento de la ley ya señalada y, a través de esta, la única que tiene los atributos para otorgar permisos destinados a intervenir un sitio arqueológico.

I.b. Historia de la Investigación.

El valle del río Aconcagua y en forma especial, su cuenca superior, la zona correspondiente a las provincias de San Felipe y Los Andes, se pueden contar entre las primeras zonas de nuestro país en donde se desarrollaron investigaciones arqueológicas, a fines del siglo XIX y principios del XX.

Entre las razones que explican este temprano interés por esta zona se pueden considerar los antecedentes existentes en las crónicas europeas del siglo XVI acerca del importante asentamiento indígena existente en la zona a la llegada de los conquistadores, incluyendo la existencia de una significativa presencia inkaica; su cercanía a Santiago, centro inicial del desarrollo científico y museológico del país; y, por último, la presencia en el valle de los impresionantes cementerios de túmulos o "ancuviñas".

Varios de estos últimos fueron investigados por los primeros estudiosos que enfocaron su atención en los restos arqueológicos de la región, tales como José Toribio Medina y Francisco Fonck, a fines del siglo XIX y Aureliano Oyarzún, Ricardo Latcham y Gualterio Looser, durante los inicios del XX.

Las evidencias recuperadas en estas primeras aproximaciones, junto a las provenientes de nuevas investigaciones realizadas en ésta y otras áreas durante las siguientes décadas, fueron utilizadas posteriormente como base para definir la secuencia cultural de toda la Zona Central de Chile. A ello contribuyó la aplicación de nuevas teorías y metodologías que han enriquecido significativamente el conocimiento arqueológico acerca de esta región.

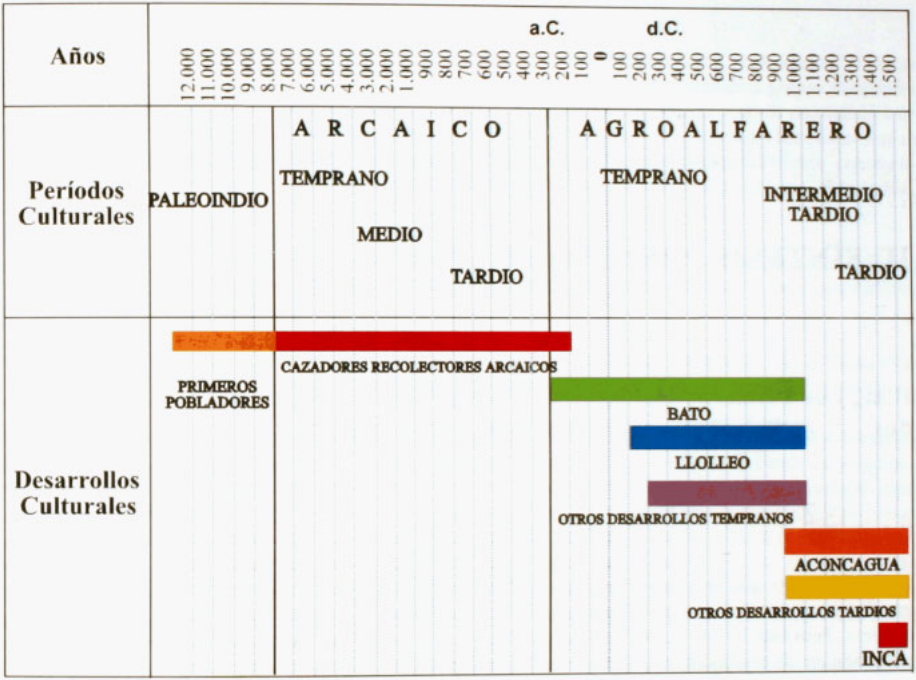
Pero, paradójicamente, la investigación arqueológica de la cuenca superior del río Aconcagua no ha participado de estos avances. El período posterior a los años 60 se ha caracterizado por la ausencia en el valle de estudios sistemáticos. Las escasas indagaciones realizadas han sido sólo excepcionalmente publicadas y corresponden a trabajos enfocados a sitios particulares, mayoritariamente funerarios, o bien a trabajos de rescate, sin problemáticas de fondo o una línea de investigación continua.

Como resultado de lo anterior, toda la zona ha sido incorporada a las áreas de dispersión de los desarrollos culturales definidos para áreas mejor estudiadas de Chile Central, tales como el litoral central del Pacífico y la cuenca de Santiago.

Esta situación ha comenzado a ser superada durante los últimos años, durante los cuales la región ha sido objeto de estudio de distintos proyectos de investigación con problemáticas específicas y marcos de análisis e interpretación definidos. Esto ha permitido comenzar a conocer la especificidad cultural y cronológica de los procesos culturales del curso superior del río Aconcagua. En ese marco es en el cual se han estudiado distintas zonas de la región, tales como el estero Lo Campo, el curso cordillerano del río Aconcagua, el estero Pocuro y el curso superior del valle del río Putaendo.

Los resultados iniciales de estas investigaciones han permitido establecer un panorama general de la prehistoria del área, que revisaremos a continuación.

Secuencia Cronológica y Cultural de Chile Central



II. SÍNTESIS PREHISTÓRICA.

II.a. Los Primeros Habitantes: Los Cazadores y Recolectores de los Períodos Paleoindio y Arcaico (40.000? a 300 a.C.).

Paleoindio

Las glaciaciones que se sucedieron a través del período conocido como Pleistoceno significaron que grandes porciones de tierra, principalmente en el hemisferio norte, quedaran cubiertas de grandes masas de hielo. Pero esta no fue la única consecuencia, ya que el aumento en las masas de hielo significó la reducción en los niveles marinos y la exposición de masas terrestres anteriormente sumergidas.

Uno de estos territorios que "emergieron" correspondió a lo que se ha denominado Beringia, el cual se encontraban ubicado en donde actualmente se sitúa el estrecho de Bering, se transformó en un puente terrestre que permitió unir Asia y América.

Durante los últimos 70.000 años el puente estuvo abierto al menos tres veces, lo que habría permitido la entrada a América del Norte de grupos humanos procedentes de Asia Nororiental.

Actualmente existe coincidencia entre los especialistas en que estas oleadas migratorias se podrían haber iniciado en torno al 40.000 a.C., aunque la mayoría de las evidencias humanas tempranas en América se concentran con posterioridad al 20.000 a.C.

Estos primeros pobladores del continente, denominados por los especialistas como "Paleoindios" y cuyas evidencias han sido registradas a través de todo el continente, habrían correspondido a grupos familiares nómades poco numerosos que basaban su subsistencia en la caza de animales y en la recolección de vegetales. Es importante señalar que una parte muy significativa de las presas de caza a las cuales tenían acceso correspondían a la denominada fauna pleistocénica, en gran parte extinta actualmente, representada por animales tales como el mamut, el mastodonte, el caballo americano, la paleolama, el milodón, entre otros.

Los grupos Paleoindios recorrieron un territorio diferente al actual, ya que el clima predominante, más frío y lluvioso por lo general, favorecía la extensión de bosques, praderas y grandes lagos en el valle longitudinal, donde pastaban las presas de caza.

En Chile se conocen para este período los sitios de Quereo (Los Vilos), San Vicente de Tagua Tagua (San Fernando), Monte Verde (Puerto Montt) y varios en la Patagonia y Tierra del Fuego (Cueva Fell, entre otros).

Los sitios de este período identificados hasta el momento corresponden a sitios en donde los animales fueron cazados y faenados y también a campamentos en cuevas y aleros rocosos, en donde estos grupos se refugiaban. Los primeros se ubicaban en las playas de antiguas lagunas en donde los animales eran empantanados y atacados hasta ser muertos. Luego eran faenados en el mismo lugar y algunas presas eran trasladadas a los campamentos. Es así como se registran los huesos dispersos de distintos animales, entre los cuales se encuentran los instrumentos de piedra que eran utilizadas para la caza, como las características puntas de "cola de pescado", y aquellos destinados al destazamiento, como cuchillos y raederas.

Esta última es la situación del sitio de San Vicente de Tagua Tagua, el único sitio paleoindio ubicado en la Zona Central.

Todos los instrumentos de piedra son obtenidos a partir del tallado de bloques de distintas clases de piedra. Algunos pueden ser obtenidos en los valles, pero las fuentes de otros se encuentran a gran distancia, en la

Cordillera de los Andes, lo cual confirmaría el modo de vida altamente móvil de estos grupos.
En la zona de Aconcagua no se han registrado evidencias de este período. Sólo se han detectado restos de fauna pleistocénica en el sector de Chacabuco, aunque no se ha comprobado su asociación a restos culturales. La ausencia de evidencias en la región respondería no tanto a la inexistencia de ocupaciones tempranas, sino más bien a la falta de investigación especializada y a fenómenos relacionados con la conformación geológica y sedimentológica del valle, fenómenos cuyo estudio podría señalar que los sitios de este período se encuentran bajo varios metros de relleno aluvial. Esta situación sería muy parecida a la de San Vicente de Tagua Tagua, en donde los depósitos paleoindios se encuentran depositados a varios metros de profundidad bajo el nivel del suelo actual.

Arcaico

Los grandes cambios climáticos que se producen hacia fines del Pleistoceno, en torno al 9.000 a.C., afectaron profundamente el ambiente en que se desenvolvían los grupos paleoindios. La principal consecuencia fue la extinción de la fauna pleistocénica, al disminuir la vegetación y los ambientes lagunares que permitían su sobrevivencia. La caza indiscriminada también pudo haber jugado un papel en la desaparición de algunas especies.

Las condiciones climáticas tienden a estabilizarse en torno al 8.000 a.C., fecha que da inicio a un prolongado período cultural denominado Arcaico.

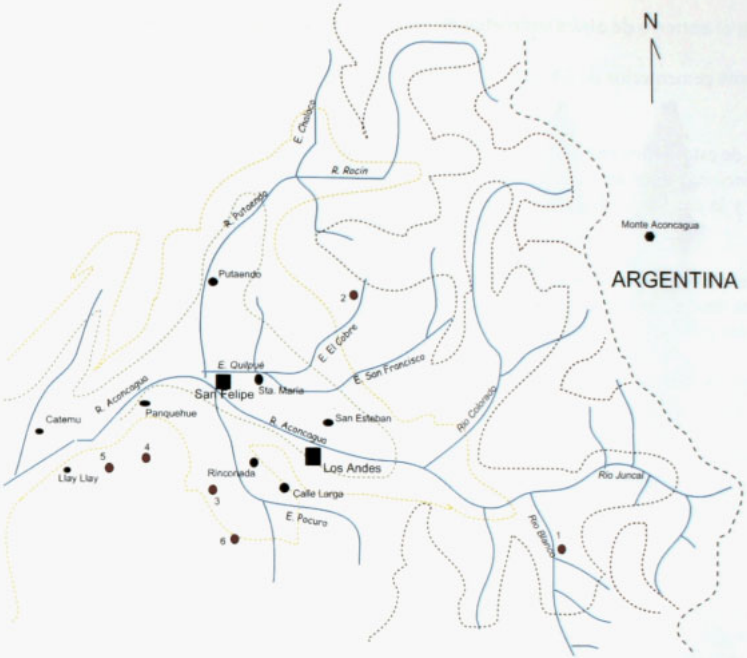
Durante los inicios de este período, y a consecuencia de los cambios ya señalados, los grupos humanos reorientaron sus estrategias de subsistencia, las cuales se adaptaron a las condiciones locales de cada zona, sea el litoral costero, los valles interiores o la cordillera.

La caza se concentró en presas más pequeñas, la mayoría de las cuales sobreviven hasta nuestros días, como el guanaco, el huemul, el zorro, roedores y aves.

Al mismo tiempo la recolección de vegetales silvestres fue adquiriendo gradualmente una gran significación.

Esta nueva situación habría motivado que en algunos sectores los grupos redujeran la extensión y amplitud de su nomadismo, lo que ha quedado atestiguado a partir de la intensa ocupación registrada en espacios como cuevas y aleros y en algunos campamentos al aire libre.

Al mismo tiempo ha sido posible establecer la existencia de actividades de tipo ritual, como las rela-



Cuenca Superior del río Aconcagua
Sitios Período Arcaico (10.000 - 300 a.C.)

1. Caverna Piuquenes
2. Campos de Ahumada
3. Los Hornos
4. Las Chilcas 1
5. Las Chilcas 2
6. El Carrizo

Escala
1: 500.000

1.000 msnm
2.000 msnm
3.000 msnm
4.000 msnm

cionadas con el entierro de algún individuo en los lugares en donde acampaban y el surgimiento

de los primeros cementerios de Chile Central, algunos de los cuales fueron ocupados a través de miles de años.

La presencia de estos sitios en ciertas localidades podría estar relacionada con la disminución de la movilidad que mencionábamos anteriormente, con el aumento en el número de los individuos que constituían estos grupos y la existencia de fuertes lazos de parentesco que implicaban el compartir un espacio para los muertos.

Tanto en los entierros aislados como en los cementerios se aprecia el desarrollo de rituales complejos, en los cuales, los deudos preparaban el cuerpo y la zona de su depósito, depositaban ofrendas tales como manos de moler con pintura roja, colgantes y adornos, junto a otros elementos.

Los principales materiales que son utilizados para el estudio de este período están representados por el instrumental lítico utilizado en las diferentes actividades llevadas acabo para asegurar la subsistencia.

En primer lugar, tenemos los instrumentos utilizados para dar caza a las presas, las denominadas puntas de proyectil, las cuales se enmangaban en el extremo de piezas de madera transformadas en lanzas y dardos de estólicas, utilizando para ello resinas y fibras naturales. Para esta época no se conoce el uso del arco y la flecha.

Tanto las piezas de madera como las resinas y fibras naturales no se han conservado, quedando solo las puntas de piedra, cuya forma varía a través de los miles de años que dura este período. En un primer momento predominan las puntas pedunculadas *(foto 1)*, que presentan en la base una prolongación que seguramente era utilizada en el enmangue. Alrededor del 6.000 a.C. estas son reemplazadas por puntas de tipo triangular *(foto 2 y 3)*.

Otros instrumentos obtenidos a través del tallado son cuchillos, raederas y raspadores, los cuales eran usados en el destazamiento de las presas y en el procesamiento de los recursos obtenidos de las presas, como el cuero, los huesos y los tendones. También se cuentan los tajadores y cepillos usados en el trabajo de la madera.

Por otro lado, piedras como el granito se utilizaban para fabricar instrumentos de molienda para procesar los vegetales recolectados, como las manos de moler *(foto 4)*, conanas y morteros. Estas se obtenían, no a través del tallado, sino del pulido o desgaste por fricción de elementos abrasivos.

Rubén Stehberg - José Blanco

Foto 1. Punta Pedunculada (6 cms) - Punta Denticulada (8 cms.)
Caverna Piuquenes, Río Blanco.

Rubén Stehberg - José Blanco

Foto 2. Punta Denticulada (3 cms.)
Caverna Piuquenes, Río Blanco.

Rubén Stehberg - José Blanco

Foto 3. Punta de borde Aserrado (5 cms).
Caverna Piuquenes, Río Blanco

Mención especial merece la "piedra horadada" *(foto 5)*, otro instrumento obtenido por el pulido que habría comenzado a registrarse en este período y que se habría hecho mas común durante las etapas posteriores. Diversas funcionalidades se le han atribuido a este artefacto, desde servir de arma (como maza) hasta de peso en las varas para el cultivo. Independiente de su uso, se ha reconocido que tenían una gran importancia para los grupos Arcaicos, ya que también aparece como ofrenda en sus tumbas.

Al mismo tiempo, es común el hallazgo de instrumentos en hueso como punzones, retocadores y otros, algunos destinados a actividades como el fino tallado de la piedra y el procesamiento de los cueros.

Tenemos la suerte de que en la zona del Aconcagua se encuentra ubicado uno de los principales sitios que se conocen para este período en la zona central: la caverna Piuquenes. Este sitio, hallado hace solo unos cuantos años se encuentra ubicado en el valle del río Blanco, un afluente del río Aconcagua, en terrenos que actualmente pertenecen a la División Andina de Codelco y a 2.000 metros sobre el nivel del mar. *(foto 6 y 7)*

La entrada de la caverna estuvo sepultada durante varios miles de años, siendo puesta al descubierto por trabajos relacionados con el laboreo minero.

Esta caverna fue ocupada por grupos humanos por alrededor de cinco mil años, entre el 8.000 y el 3.000 a.C. aproximadamente. Durante todo este prolongado período el lugar fue ocupado como campamento para acceder a los recursos circundantes, especialmente aquellos relacionados con la laguna existente en las cercanías, la cual actualmente ha desaparecido.

En las excavaciones realizadas en el lugar se han identificado los restos de las fogatas que encendieron sus ocupantes, junto a sus instrumentos en piedra y hueso, adornos, pigmentos, conchas provenientes del litoral y evidencias de los alimentos que constituían su dieta, como los huesos de guanaco y restos de vegetales.

Otros sitios ubicados cronológicamente en los últimos milenios de este período se han registrado en la zona de las serranías de Chacabuco, que separan el valle de Aconcagua de la cuenca del Mapocho, en donde se ha verificado la ocupación de aleros rocosos *(foto 8)* y campamentos al aire libre orientados a la obtención de piedras especiales para el tallado de instrumentos, la caza y la recolección por parte de grupos pequeños.

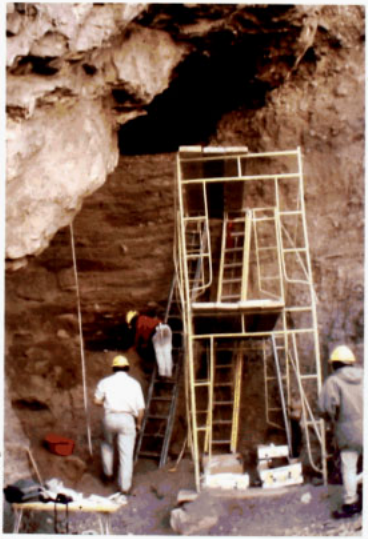
Recientemente, en la zona de Auco se ha identificado un campamento al aire libre de fines del período arcaico en el cual se ha podido estudiar un enterratorio que atestigua las difíciles condiciones de subsis-

Nuñez Hermosilla - Fondecyt 1960930

Foto 4. Manos de moler - Panquehue

Nuñez Hermosilla - Fondecyt 1960930

Foto 5. Piedras Horadadas - Panquehue



Rubén Stehberg

Foto 6. Poceso de excavación - Caverna Los Piuquenes, Río Blanco.

Rubén Stehberg

Foto 7. Vista General - Caverna Los Piuquenes

Nuñez Hermosilla - Fondecyt 1960930

Foto 8. Cueva El Salitral - Cordón de Chacabuco

tencia a que estaban sujetos los grupos humanos en los momentos finales del Óptimo Climático. Este corresponde a un período que se extendió entre el 6.000 y el 3.000 a.C. y que se caracterizó por una extrema sequedad climática, lo cual repercutió en los recursos de subsistencia de estas poblaciones. Esta situación ha quedado atestiguada en las evidencias que presentan los restos óseos humanos rescatados en el lugar, los cuales indicarían que posiblemente en vida estos individuos sufrieron enfermedades derivadas de una mala nutrición.

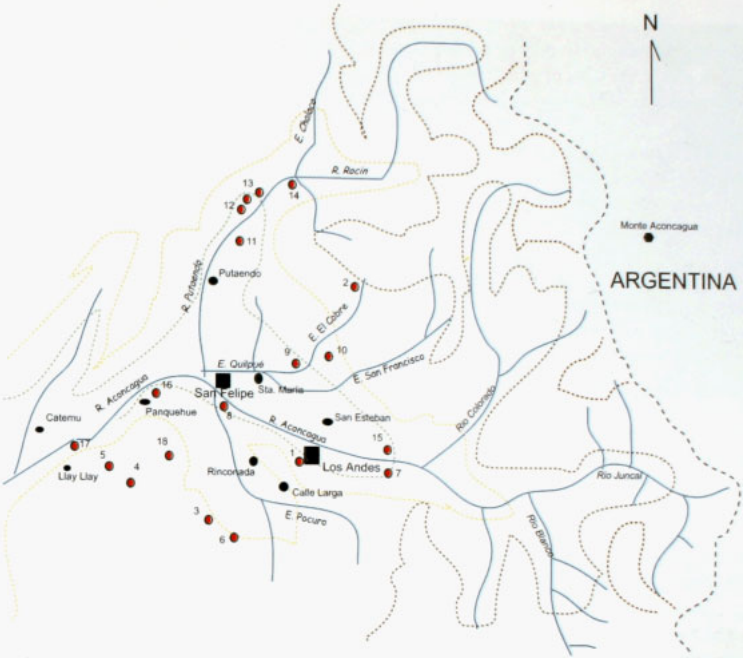
Finalmente, la presencia de los grupos arcaicos en la región queda atestiguada a través de la presencia en colecciones particulares y en el Museo Arqueológico de Los Andes de puntas de proyectil y otros instrumentos de este período, algunos de los cuales recuerdan a los pertenecientes a la Cultura Huentelauquén, cuyos sitios mas conocidos se ubican en la zona costera que se extiende entre Antofagasta y Los Vilos. Estas han sido halladas en zonas tales como la zona cordillerana de Campos de Ahumada y otras áreas precordilleranas.

II.b. Horticultores y Ceramistas: Las Comunidades del Período Alfarero Temprano (300 a.C. a 1.000 d.C.)

El período Alfarero Temprano corresponde a una extensa etapa de la prehistoria de Chile Central y del valle de Aconcagua, el cual habría estado caracterizado por una fuerte variabilidad cultural, expresada en la presencia de diversos grupos que desarrollaron estrategias de subsistencia, costumbres funerarias y tradiciones tecnológicas claramente diferenciadas.

Esta diversidad estaría fuertemente relacionada con el tipo de organización social que estos grupos poseían, la cual estaba caracterizada por la inexistencia de autoridades centrales y de una jerarquía social compleja, y la concentración de las decisiones en los grupos familiares, que, por lo general, eran independientes económicamente. Los lazos de parentesco que relacionaban a las distintas familias eran los que permitían el desarrollo de actividades comunitarias.

Otros elementos que contribuyen a la gran diversidad que presenta este período corresponden al cultivo de plantas domesticadas y la artesanía alfarera, dos significativas innovaciones tecnológicas cuyas primeras manifestaciones en la región se registran en esta etapa.



Cuenca Superior del río Aconcagua
Sitios Período Alfarero Temprano (300 a.C. - 1.000 d.C.)

1. Los Andes (área)
2. Campos de Ahumada (área)
3. El Salitral
4. Piedra del Indio
5. Las Chilcas 1
6. El Carrizo
7. Vilcuya (área)
8. Pio Rio
9. El Cobre (área)
10. El Barro (área)
11. Piguchen (área)
12. El Tártaro (área)
13. Casa Blanca (área)
14. Los Patos (área)
15. Primera Quebrada
16. Estero Lo Campo (área)
17. El Cebollar
18. Cordón de Chacabuco (área)

1.000 msnm
2.000 msnm
3.000 msnm
4.000 msnm

Escala
1: 500.000

Todas las evidencias indicarían que ambas habrían llegado ya desarrolladas desde zonas aledañas, tales como los valles del Norte Chico, aún cuando no ha sido posible establecer con claridad si estas fueron introducidas por nuevas poblaciones o adquiridas por los grupos locales.

Cualquiera sea la forma en que se dio este fenómeno, la arqueología ha podido determinar que durante este período se dio la coexistencia de grupos con un modo de vida similar a la de los cazadores recolectores del período arcaico y de otros que dieron mayor significación al cultivo de plantas domesticadas a pequeña escala, la denominada horticultura o agricultura incipiente.

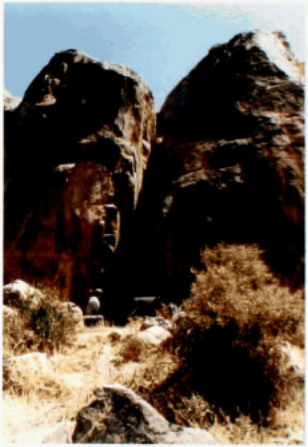
Los primeros siguieron desarrollando sus prácticas de alta movilidad y estuvieron constituidos por pequeños conjuntos de personas emparentadas. No obstante lo anterior, estas poblaciones incorporaron a sus actividades cotidianas el uso de la alfarería y el consumo de plantas domesticadas cultivadas, elementos que pudieron haber obtenido a través del intercambio con los grupos horticultores.

Los tipos de sitios más frecuentes en donde se registran sus evidencias corresponden a aleros rocosos (foto 9), cuevas *(foto 10)* y sitios al aire libre *(foto 11)*, en donde instalaban sus campamentos base, y por lo general están emplazados en zonas como planicies de altura, ubicadas en las cadenas de cerros que separan los ríos *(foto 12)*, en los espacios altos de grandes quebradas *(foto 13 y 14)* o en cerros islas con excelentes condiciones para la observación de amplios espacios geográficos. *(foto 15)*

Su ubicación les permitía acceder a recursos propios de la precordillera y la cordillera, tales como las canteras de materias primas líticas de grano fino para fabricar sus instrumentos y las presas animales para la caza (guanacos, vizcachas, zorros, etc.). Además, presentan excelentes condiciones para la habitabilidad, debido a que tienen acceso a fuentes de agua permanente, presentan zonas que pueden ser cultivadas y posiblemente estaban asociados a bosques de especies con frutos alimenticios (algarrobo y otros), hoy fuertemente intervenidos o definitivamente desaparecidos.

Algunos de los sitios ubicados al aire libre se encuentran asociados a bloques rocosos que presentan pequeñas cavidades denominadas "piedras tacitas", cuya funcionalidad precisa no ha sido determinada, pero la cual podría estar relacionada con la molienda de vegetales o de otros elementos, sea para su consumo o bien su uso en eventos rituales. *(foto 16, 17, 18)*

Por su parte, los grupos hortícolas, redujeron su movilidad, desarrollando un mayor grado de sedentarismo, y constituyeron poblaciones más numerosas. Nunca abandonaron la caza y recolección, pero el cultivo de plantas como la calabaza, el maíz, el poroto y la quinoa se volvieron fundamentales para su subsistencia.



Fondecyt 1970531

Foto 9. Alero rocoso - Putaendo

Nuñez Hermosilla - Fondecyt 1960390

Foto 10. Cueva El Carrizo - Cordón de Chacabuco

Fondecyt 1970531

Foto 11. Sitio Los Patos 6 - Putaendo

Foto 12. Campos de Ahumada

Foto 13. Piguchén

Foto 14. Jahuel

Foto 15. Río Chalaco - Putaendo

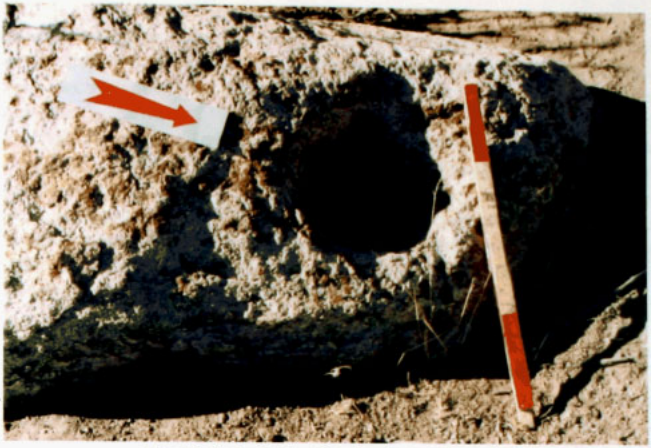


Foto 16. Piedra Tacita - Sitio Los Patos 6, Putaendo

Foto 17. Piedras Tacitas - Campos de Ahumada

Foto 18. Piedra Tacita - Campos de Ahumada

Aunque estos grupos también debieron haber instalado sitios de caza y avistadero en las zonas altas de los valles, los sitios más numerosos e importantes corresponden a extensas dispersiones de materiales ubicadas en las terrazas fluviales o en las partes bajas de las rinconadas, en donde debieron haber levantado sus estructuras habitacionales y pequeñas plantaciones. El agua necesaria para sus cultivos era obtenida de vertientes y aguadas cercanas, mucho más fácil de utilizar que aquella perteneciente a los grandes ríos y, a diferencia de la de estos últimos, con un caudal escaso, pero permanente.

Con respecto a las costumbres mortuorias, durante el período alfarero temprano en los lugares de vivienda no solo se realizaban actividades cotidianas, sino que también eran usados para depositar a los muertos. Aunque se han registrado algunos cementerios, lo común es encontrar tumbas aisladas o bien pequeñas agrupaciones de ellas, correspondientes quizás a personas que hicieron uso de ese lugar en vida.

Las posiciones de los individuos inhumados difieren de grupo en grupo. Es así como en algunos casos el esqueleto se presenta flectado de lado o bien sentado, y en otras extendido. La cantidad y calidad de las ofrendas y ajuar registradas junto a los cuerpos también varían, aún cuando siempre se tiene que tener en cuenta el hecho de que solo tenemos acceso a las materias primas de buena preservación. Es así como estas pueden estar ausentes del todo o bien reducirse a la presencia de algún adorno corporal de piedra o arcilla, o bien, por el contrario, presentar vasijas, collares de cuentas de piedra e instrumentos de molienda. Entre los grupos horticultores además se presenta otro tipo de práctica mortuoria, correspondiente al uso de grandes vasijas de cerámica, como urnas funerarias para niños.

Las sociedades mejor conocidas para este período en Chile Central han sido denominadas por la arqueología como Tradición Cultural Bato y Complejo Cultural Llolleo, la primera más ligada con un modo de vida cazador-recolector y fuertemente representada en la zona costera entre los ríos Petorca y Aconcagua y el segundo, con comunidades hortícolas asentadas en la costa y en los valles de Aconcagua, Maipo-Mapocho y Cachapoal.

Además de las anteriores, en las zonas interiores de los valles de la región se presentan otras manifestaciones cuyo conocimiento es aún preliminar.

Esta situación se ha dado en Aconcagua, en donde ha sido posible establecer que junto a manifestaciones de los grupos Bato y Llolleo existen otras que se relacionarían más con las poblaciones que habitaban durante la misma época los valles de la zona del Choapa, en el Norte Chico, y en las provincias argentinas de San Juan y Mendoza.

Elementos característicos de los primeros grupos han sido registrados en zonas como el cordón de Chacabuco, el estero Lo Campo, en Panquehue, y en otros sectores puntuales, representados por el hallazgo de enterratorios aislados.

En las sierras de Chacabuco, las evidencias se han registrado de preferencia en aleros rocosos y cuevas, las cuales habrían sido ocupadas en el marco de las rutas de movilidad de grupos cazadores-recolectores o bien por partidas de grupos hortícolas que accedían a esta zona en busca de recursos específicos.

Por su parte, las evidencias presentes en la zona de Panquehue corresponden a extensos sitios habitacionales de grupos hortícolas que debieron hacer uso de las aguas del estero Lo Campo para regar sus huertas, tal como se hace hasta la actualidad

Entierros aislados han sido registrados en zonas como la rinconada de Pío Río, frente a San Felipe, en donde se rescató hace pocos años un enterratorio muy similar a los conocidos para la Tradición Bato, correspondiente a un individuo masculino flectado de lado, el cual presentaba por único elemento asociado un "tembetá" de piedra blanca. Asímismo durante la construcción de conjuntos habitacionales en la ciudad de Los Andes, se recuperaron restos óseos piezas alfareras, algunas de clara filiación Llolleo, actualmente depositadas en el Museo Arqueológico de Los Andes.

Por otro lado, evidencias de los grupos posiblemente relacionados con poblaciones más nortinas y allende los Andes a las que hemos hecho referencia han sido detectadas en sectores como el curso superior del río Putaendo, la cuenca de altura de Campos de Ahumada y en el sitio El Cebollar, en las cercanías de Llay-Llay.

Estos corresponden de preferencia a sitios habitacionales y campamentos al aire libre ubicados en terrazas fluviales, en el interior de quebradas y en planicies de altura, en ciertas ocasiones asociados a piedras tacitas y petroglifos. En Campos de Ahumada y Putaendo también se han registrado aleros rocosos con ocupación de este período.

No se cuenta con muchos materiales para el estudio de este período, ya que objetos elaborados en diversos materiales, y que la arqueología ha demostrado que eran utilizados por estos grupos, tales como las fibras vegetales y/o animales para las textilería, la madera, el cuero y otros más, no han podido resistir el paso del tiempo y el clima de la región.

Lo mismo puede decirse de las viviendas que algunos de estos grupos debieron haber construido, las cuales al ser levantadas con técnicas similares al del "enquinchado", que requiere una permanente man-

tención, no han sobrevivido hasta nuestros días.

Por lo general, lo más común es trabajar con la información que se puede obtener de los desechos de sus actividades cotidianas, constituidos por los fragmentos de vasijas de alfarería quebradas y desechados encontrados en los sitios de vivienda *(Foto 19)*, junto a los instrumentos líticos y óseos utilizados en su subsistencia por estos grupos. Muy ocasionalmente se puede tener acceso a los restos óseos y vegetales de alimentación de estas poblaciones.

Además, también se pueden utilizar las vasijas de arcilla completas depositadas como ofrendas en las tumbas. *(Fotos 20, 21, 22)*

De todos los anteriores, la alfarería constituye la principal fuente de información, ya que no solo permite saber qué actividades se estaban realizando en los sitios (preparación, consumo, traslado y/o almacenaje de alimentos sólidos y líquidos), sino que también nos da pistas acerca de quiénes fueron sus fabricantes, ya que al implicar una complejidad técnica y de conocimientos elevados, su producción tiende a ser tradicional, transmitiéndose de generación en generación.

De esta forma se desarrolla una forma particular no solo de fabricar y darles forma a las vasijas, sino también de decorarlas, la cual varía de comunidad en comunidad.

Observando estas variables presentes en la cerámica de cada sitio arqueológico es posible establecer que grupos culturales estuvieron asentados en el lugar a través del tiempo.

No obstante la existencia de estas diferencias, las tradiciones alfareras de las diferentes comunidades que habitaron el Aconcagua presentan elementos comunes.

Foto 19. Fragmentos Cerámicos - Putaendo

Daniel Pavlovic

Foto 20. Jarro - Museo Arquelógico de Los Andes
(10 cms alt.)

Daniel Pavlovic

Foto 21. Jarro - Pob. Los Castaños, Los Andes
Museo Arquelógico de Los Andes (13 cms. alt.)

Daniel Pavlovic

Foto 22. Jarro - Pob. Pucará, Los Andes
Museo Arquelógico de Los Andes (15 cms. alt.)

Es así como por lo general, las vasijas evidencian una prolija elaboración, presentando paredes delgadas, y con formas predominantemente cerradas, a modo de jarros, con cuerpos globulares y cuellos angostos. Las superficies están prolijamente pulidas y las decoraciones que se han aplicado sobre ella están constituidas por lo general por incisiones de puntos y líneas, modelados antropomorfos, zoomorfos y fitomorfos (relativos a rasgos humanos, animales y vegetales, respectivamente) y pinturas de color rojo, hierro oligisto (un mineral brillante) y la llamada decoración negativa, para la cual se cubrían ciertos sectores de la pieza, siendo luego esta ahumada, quedando alternados espacios con el color original de la arcilla y otros oscuros.

En arcilla también eran elaborados otros elementos, algunos relacionados con el consumo de plantas psicoactivas en rituales, como las pipas, y otros utilizados como adornos corporales, tales como "orejeras", que se instalaban en los lóbulos perforados de las orejas *(foto 23)*, y los denominados "tembetas".

Estos últimos, que también eran fabricados en piedras blandas, se instalaban bajo el labio, gracias a una incisión vertical la cual era utilizada como el ojal para un botón para sujetar las "aletas" del "tembeta", dejándose expuesto el denominado "botón" del mismo. Estos aditamentos eran utilizados exclusivamente por los varones y aún siguen en uso entre algunos pueblos de la selva amazónica. *(foto 24)*.

Con respecto a los instrumentos líticos, en la mayoría de los sitios se presentan puntas de proyectil muy similares a las que se presentan en los sitios pertenecientes a los momentos finales del arcaico, atestiguando la continuidad de la tradición de trabajo de la piedra perteneciente a este período, al menos entre algunos grupos *(ver foto 2 y 3)*. Además se hacen presentes otros artefactos que evidencian que esta continuidad también se da a nivel del destazamiento y procesamiento de los recursos obtenidos de las presas animales, tales como cuchillos, raspadores y raederas.

Otros instrumentos obtenidos por el tallado bastante comunes, son aquellos de gran tamaño utilizados en el trabajo de la madera. Su abundancia podría indicar la importancia que este recurso tuvo para estos grupos, dimensión a la cual es casi imposible acceder debido a su mala preservación.

También son abundantes, por lo menos en los sitios de los grupos horticultores, aquellos instrumentos utilizados en la molienda de vegetales, obtenidos por el pulido de bloques de granito y otras piedras, tales como manos de moler, morteros y conanas. *(foto 25)*

Fondecyt 1000172

Foto 23. Orejeras - Campos de Ahumada
Colección Privada

Fondecyt 1000172

Foto 24. Tembetá Pío Río - Colección Privada

Fondecyt 1000172

Foto 25. Instrumentos de molienda - Campos de Ahumada

II.c. Agricultores y Constructores de Túmulos: Las Poblaciones del Período Intermedio Tardío (1.000 a 1.400 d.C.).

En torno al año 1.000 de nuestra era y cuando aún los valles de Chile Central eran habitados por grupos del período alfarero temprano, se producen significativos cambios culturales en la región. Estos fueron de tal magnitud que posiblemente fueron resultado de la llegada de nuevas poblaciones al territorio o bien de una transformación radical de los modos de vida y creencias de las poblaciones locales, expresada en la acelerada y masiva adopción de nuevas ideas y tecnologías procedentes de zonas más nortinas.

Sea cual sea la causa de estos cambios, esta población ocupó rápidamente y en forma numerosa todos los espacios ecológicos de la región, costa, valles y precordillera, aunque ubicando sus principales asentamientos en el interior de los grandes valles como el Aconcagua.

Poseyeron una economía de subsistencia centrada en la agricultura, la realización de actividades de caza y recolección y posiblemente un incipiente manejo de camélidos silvestres (guanaco). Los recursos del valle se veían complementados por los provenientes de la costa y la precordillera.

Su estructura sociopolítica la podemos definir como muy similar a la que presentaban los mapuches al momento del contactocon el conquistador español, correspondiendo a grupos humanos que ocupaban en forma dispersa el espacio geográfico, fuertemente relacionados por el parentesco y que no tenían un nivel de organización política estructurado y permanente por encima del padre de familia o el jefe del linaje.

La sociedad de este período mejor conocida corresponde a la que ha sido denominada Cultura Aconcagua. Como resultado del desigual énfasis que ha existido en la investigación arqueológica de las diferentes zonas de Chile Central, este desarrollo cultural, paradójicamente, da cuenta de una realidad más característica de los valles del Maipo y el Mapocho, que de aquella propia del valle del mismo nombre.

A diferencia de lo que habría ocurrido en la cuenca de Santiago, en el valle de Aconcagua y en sus tributarios se daría durante este período una fuerte heterogeneidad en cuanto a la cultura material y las prácticas mortuorias. Esto ha llevado a plantear que habrían coexistido diferentes poblaciones, las cuales aunque poseían un modo de vida similar, hicieron un esfuerzo por diferenciarse unas de otras. Una probable explicación para este hecho reside en que esta zona se encuentra ubicada en forma estratégica para servir como área de contacto cultural entre las poblaciones del Norte Chico y aquellas propias de Chile Central. Por lo anterior en ella se habrían compartido elementos culturales de ambas zonas.

Cuenca Superior del río Aconcagua
Sitios Período Intermedio Tardío (1.000 -1.400 d.C.)

1. San Jose de Piguchen
2. El Palomar
3. Bellavista
4. Santa Rosa
5. El Higueral
6. Las Chilcas 1
7. El Tabón
8. Los Valles
9. El Carrizo
10. El Barro (área)
11. El Cobre (área)
12. El Tartaro (área)
13. Casa Blanca (área)
14. Estero Pocuro (área)
15. El Castillo
16. Estero Lo Campo (área)
17. Vilcuya (área)
18. El Sauce
19. El Guindo

Escala
1: 500.000

- 1.000 msnm
- 2.000 msnm
- 3.000 msnm
- 4.000 msnm

Hasta el momento se han establecido dos situaciones culturales diferentes al interior de la cuenca superior del río Aconcagua. Una estaría representada en el valle del río Putaendo, con poblaciones fuertemente relacionadas con las que habitaban los valles de La Ligua, Petorca y Choapa, y otra en la cuenca de San Felipe y Los Andes, con poblaciones locales que evidenciarían contactos con los grupos Aconcagua, que habitaban el curso bajo del río del mismo nombre y en la cuenca de Santiago. Esta última situación se daría en forma clara en zonas como el estero Lo Campo, en Panquehue, y en el estero Pocuro, en San Vicente.

Tal como ya indicamos, los sitios de estas poblaciones pueden ser ubicados tanto en el litoral costero, en los grandes valles del interior y en aquellos de tamaño pequeño ubicados en la precordillera, señalando un intento por acceder a los diferentes pisos ecológicos y sus múltiples recursos.

No obstante lo anterior, los asentamientos más importantes de estos grupos se ubican en los valles interiores *(foto26)*. Estos, por lo general, presentan ocupaciones más permanentes y complejas. Por otro lado, en los valles también se encuentran ubicados los impresionantes cementerios de túmulos, la manifestación funeraria más significativa de este periodo y sobre la cual volveremos más adelante.

En contraposición a lo sucedido en los valles interiores, en la costa y precordillera las ocupaciones eran de tipo semi-permanente (estacionales) y orientadas a la obtención de recursos específicos. En la costa se trata de basurales conchíferos (conchales) asociados a desembocaduras de quebradas o valles (cultivo, caza, pesca, recolección marina). Las evidencias indicarían un modo de vida no completamente adaptado a la costa, aunque recientes estudios, aún en proceso, vendrían a cuestionar esto último. Los sitios ubicados en la precordillera, por su parte, corresponden a cuevas y aleros (casas de piedra) y las principales actividades desarrolladas en ellos habrían correspondido a la caza y apresamiento de guanacos y obtención de materias primas líticas.

Los grupos del período Intermedio Tardío habrían desarrollado un patrón de ocupación del espacio disperso y discontinuo. Las estructuras habitacionales habrían estado separadas, pero cercanas (visibles unas a otras), de una forma muy similar a la puesta en práctica por los grupos mapuches hasta nuestros días.

Esta situación ha quedado claramente demostrada gracias a las detalladas y extensivas prospecciones pedestres que han sido realizadas por diferentes investigadores en zonas como el estero Lo Campo (Panquehue), estero Pocuro (San Vicente), estero el Cobre (San Esteban), estero Vilcuya (Los Andes) y el río Putaendo, entre Piguchén y Los Patos.

Múltiples estructuras habrían conformado estos asentamientos domésticos, correspondiendo cada una

Foto 26. Valle Putaendo

Foto 27. Asentamiento actual - Cordón de Chacabuco

Foto 28. El Tártaro - Putaendo

de ellas a la residencia de diferentes familias nucleares que conformaban una familia extensa y/o a estructuras con funciones diversificadas (habitación, cocina, almacenaje). Los españoles denominaron estos lugares "aldejuelas", ya que asemejaban pequeños pueblos. Este tipo de emplazamiento doméstico ha sobrevivido hasta nuestros días, tal como se aprecia en diversos sectores de Aconcagua. *(Foto 27)*.

Los asentamientos domésticos son reconocidos actualmente como extensas dispersiones de materiales, los cuales en ciertas ocasiones alcanzan las 20 hectáreas y por lo general se encuentran ubicados en terrazas fluviales o laderas de cerros (rinconadas), en forma aledaña a tierras agrícolas y asociados a esteros, quebradas y vertientes, para asegurar la provisión de agua. *(Foto 28)*

Las evidencias arqueológicas de estos emplazamientos están constituidas por los restos de las paredes de quincha y su base de piedras *(Foto 29)*, además de huecos de poste *(Foto 30)* en donde se instalaban las maderas que sostenían la estructura, y, en ciertas ocasiones, pisos de vivienda preparados.

Además, las investigaciones han demostrado que en el interior de las estructuras y en sus alrededores se habrían desarrollado una amplia gama de actividades domésticas, tales como las de tipo agrícola, el faenamiento de animales, elaboración de herramientas, preparación de alimentos, elaboración de alfarería.

Todo esto ha servido para interpretar los modos de vida desarrollados por estos grupos. Obviamente, y tal como ya hemos señalado, las condiciones climáticas y sedimentológicas particulares de la Zona Central nos han privado de los artefactos y elementos elaborados en madera, fibras vegetales (cestería) y animales (textilería), y muchos otros.

La cerámica fragmentada es el material más abundante presente en estos sitios y su estudio da cuenta de la presencia de varios tipos de formas cerámicas, tales como aquellas ligadas al procesamiento de alimentos y su almacenaje, ollas y otras *(Foto 31)*, aquellas destinadas al consumo y recalentamiento de alimentos, platos o "escudillas" *(Foto 32)*, y finalmente las destinadas a conservar pequeñas cantidades de alimentos y líquidos, "jarros" *(Foto 33)*. Junto a ellas se presentarían otras menos conocidas, orientadas al almacenaje de alimentos.

También es frecuente registrar instrumentos de piedra destinados a la caza y faenamiento de animales, entre los cuales destacan las finamente elaboradas y pequeñas puntas de proyectil que indican la introducción del arco y la flecha, junto a las cuales se presentan raspadores, raederas y otros. *(Foto 34)*.

Por otro lado, tenemos aquellos relacionados con el desarrollo de actividades agrícolas y la molienda de vegetales (palas de piedra, morteros y manos de moler). *(Foto 35)*.

Fondecyt 1970531

Foto 29. Casa de Quincha actual - Putaendo

Fondecyt 1940463

Foto 30. Huecos de poste - Sitio Cultura Aconcagua, Lampa

Fondecyt 1000172

Foto 31. Olla Piguchén - Putaendo
Museo Fonck (15 cms. alt.)

Fondecyt 1000172

Foto 32. Escudilla Rojo engobado - Bellavista, San Felipe
Museo Nacional de Historia Natural (25 cms Dm.)

Fondecyt 1000172

Foto 33. Jarro Rojo engobado - Piguchén, Putaendo
Museo Nacional de Historia Natural (25 cm alt.)

Entre los animales cazados se encuentran el guanaco, distintos tipos de aves y otros animales pequeños y entre las plantas posiblemente cultivadas el maíz, el zapallo, el poroto y otros, más los recolectados (algarrobo y frutos silvestres).

Fuera de obtener alimentos, de las presas cazadas, principalmente de los guanacos, se obtenían otros productos como tendones, cuero y huesos. En estos últimos se fabricaban instrumentos de tipo funcional, tales como punzones o leznas dedicados al trabajo de pieles; y otros de tipo ritual como cucharas y espátulas, destinados al consumo de alucinógenos. *(Foto 36)*

A pesar de no haber recuperado evidencias directas de textilería se han registrado torteras cerámicas para hilar e improntas de fibras. Entre estas últimas destaca el hallazgo en la zona de Panquehue de una impronta de textil de doble urdimbre en un material denominado calcreto, que se forma en zonas pantanosas. *(Foto 37, 38)*

También existen antecedentes del trabajo metalúrgico (cobre martillado y posible fundición), tales como aros, moldes de piedra y escoria de cobre.

Con respecto a la organización sociopolítica de estos grupos, esta es difícil de reconstruir desde la arqueología, ya que se cuenta solo con elementos materiales. No obstante lo anterior, gracias a la utilización de las crónicas europeas tempranas y a la teoría antropológica se ha podido avanzar ciertos planteamientos.

Los datos etnohistóricos señalan la presencia a la llegada de los españoles en el valle del Aconcagua de la división andina en mitades: un señor que gobernaba la mitad superior del valle ("de arriba") y otro que lo hacía en la mitad inferior ("de abajo"). Estos señores eran muy respetados y tenían privilegios, actuando como jueces ante conflictos, presidiendo y organizando fiestas y rituales. Pero sus cargos no eran heredados y debían ser obtenidos y conservados sobre la base de su prestigio y capacidades.

Sin embargo, no ha sido dilucidado si la presencia de dos señores era una realidad que existía antes de la llegada de los Incas o si estos la introdujeron, reforzando la autoridad de algunos jefes locales de importancia, para lograr así una mejor administración de la zona.

Dejando de lado lo anterior, está más o menos claro que no existía entre estos grupos una importante estratificación social ni fuertes jerarquías, dándose diferencias en el trabajo basadas principalmente en el sexo, las habilidades y las edades de las personas.

Fondecyt 1940463

Foto 34. Puntas de flecha 2 a 3 cms.

Fondecyt 1940463

Foto 36. Instrumentos Óseos

Fondecyt 1940463

Foto 35. Conana - Piedra de moler. Museo Arqueológico de Los Andes (40 cms.)

La base de esta sociedad estaba constituida por la familia extensa, correspondiente a una serie de familias nucleares emparentadas, la cual constituía una unidad económica y social muy independiente y autosuficiente.

Los lazos de parentesco y solidaridad establecidos con otras familias y otros grupos de familias permitían la comunicación, la organización y la alianza a una escala mayor, revitalizadas a través de eventos tales como fiestas y rituales realizados en forma periódica.

Esta relación de derechos y deberes con respecto a otros y a toda la comunidad hacen pensar en la existencia de un sentido de pertenencia a instituciones sociales y políticas ubicadas por encima del grupo familiar. También se habrían compartido creencias y visiones de mundo. Todo esto se expresaría en la recurrencia de decoraciones alfareras, ya que estas y las vasijas que las portan se transforman en objetos utilizados en intercambios rituales y como transmisores de códigos culturales. Esto sucedería con motivos decorativos como el "trinacrio" en la Cultura Aconcagua y otros como el "estrellado" y el rojo engobado cuatripartito para las poblaciones de Putaendo y la cuenca de San Felipe y Los Andes, respectivamente.

De esta forma podemos apreciar la importancia que tenía la alfarería decorada que elaboraron y utilizaron los diferentes grupos que poblaron el valle durante este periodo, la cual estaba caracterizada por una gran variabilidad

La decoración más común es el denominado engobe rojo que se logra sumergiendo la pieza en un baño de arcilla y óxido de fierro para que adquiera un color rojo parejo, ya sea por la superficie exterior e interior o por una sola de ellas.

En la cuenca de San Felipe y Los Andes presenta en la mayoría de los casos una decoración cuatripartita por el interior de las "escudillas" *(Foto 39)*, situación totalmente ausente en el río Putaendo, en donde el engobe es siempre parejo. *(Foto 40)*.

Con respecto a la cerámica emblemática de la Cultura Aconcagua, el tipo Aconcagua Salmón, en ella se aplican motivos en negro sobre la superficie original de color naranja, la cual se obtiene gracias a una selección de las arcillas utilizadas. Aunque entre los motivos son frecuentes los triángulos con pestañas, las bandas perimetrales, líneas de labio, puntos inscritos en rombos y los ángulos, el trinacrio corresponde a la decoración emblemática de la alfarería de esta sociedad. *(foto 41, 42)*

Nuñez Hernosilla - Fondecyt1990067

Foto 37. Datalle Calcreto

Foto 38. Calcreto con negativo de textilería - Panquehue (3 cms.)

Fondecyt 19570531

Foto 39.Escudilla - El Palomar
Museo Histórico Nacional (20 cms. Dm.)

Fondecyt 1000172

Foto 40. Escudilla - Bellavista
Museo Nacional de Historia Natural (20 cms. Dm.)

En algunos casos, al negro se suma el blanco y el rojo, generando motivos más complejos.

Otra modalidad decorativa está dada por el denominado Aconcagua Tricromo Engobado, la cual se registra en piezas abiertas o "escudillas" con su superficie exterior roja engobada y la interior pintada en negro y rojo sobre blanco. Esta es exclusiva del valle de Aconcagua y posiblemente corresponde a una etapa más tardía, con posibles influencias Inka. *(Fotos 43, 44)*

El "estrellado" correspone a otra disposición decorativa, la cual se reconoce por ángulos inscritos que se suceden horizontalmente a lo largo del borde de una "escudilla" o bien en el cuerpo de una olla. El "estrellado" es muy frecuente en los sitios del río Putaendo. *(Fotos 45, 46)*

También en Putaendo se registran piezas con decoraciones similares a las que caracterizan la Cultura Diaguita del Norte Chico, lo que refuerza las ideas de la relación de las poblaciones de este valle con esa región. *(Foto 47)*

Otra importantísima manifestación artística está dada por el arte rupestre. Recientemente ha sido definido un estilo de petroglifos pertenecientes a este período el cual estaría caracterizado por la presencia de figuras geométricas, mayoritariamente círculos. En un capítulo posterior se analiza con detalle sus características e implicancias.

En relación a la prácticas funerarias, la modalidad más común de enterratorio para este período en Aconcagua esta representado por los cementerios de túmulos, denominados popularmente "Ancuviñas", los cuales se emplazan separados de los lugares de residencia cotidiana.

Los túmulos corresponden a grandes acumulaciones de tierra y piedras de entre 3 y 20 metros de diámetro aproximadamente y alturas variables de entre 0.50 y 2.00 metros, los cuales son auténticos monumentos funerarios de gran visibilidad.

El número de túmulos también es variable, ya que los cementerios pueden estar constituidos por un solo montículo de gran tamaño, entre 20 y 30 unidades, o hasta 300. Entre lo primeros se cuenta con el sitio Ancuviña El Tártaro (Putaendo); entre los segundos tenemos a los tres cementerios del área de Bellavista (San Felipe) *(Foto 48)*, El Palomar (Panquehue), San José de Piguchén (Putaendo), El Higueral (San Esteban) y el de Santa Rosa (San Vicente) *(Foto 49)*; para el último caso, aunque fuera del área de estudio, se tiene información del cementerio de Lliu-lliu (Quillota).

Por lo general, se encuentran emplazados en piedemontes de suave pendiente y a los pies de rinconadas, en lugares que pueden ser visualizadas desde una amplia zona, y a su vez que tienen un amplio dominio del

Rodrigo Sánchez

Foto 41. Escudilla Aconcagua salmón - El Palomar
Museo Histórico Nacional. (20 cms Dm.)

Rodrigo Sánchez

Foto 42. Escudilla Aconcagua salmón con trinacrio - El Palomar Museo Histórico Nacional (20 cms. Dm.)

Fondecyt 1970531

Foto 43. Escudilla Tricromo engobado
Museo Arqueológico de Los Andes (25 cms. Dm.)

Rodrigo Sánchez

Foto 44. Vasija - El Palomar. Museo Histórico Nacional (20 cms. Dm.)

Fondecyt 1970531

Foto 45. Escudilla estrellada - Ancuviña El Tártaro
Putaendo (20 cms. Dm.)

Fondecyt 1970531

Foto 47. Escudilla Diaguita - Ancuviña El Tártaro
Putaendo (15 cms. Dm.)

Fondecyt 1970531

Foto 46. Escudilla estrellada - Palomar
Museo Histórico Nacional (20 cms. Dm.)

paisaje circundante, en particular de las zonas de ocupación habitacional de los mismos grupos. *(Foto 50)*

El número de enterratorios dispuestos bajo y en el interior de un túmulo puede variar entre uno y un número indeterminado, ya que hay túmulos de gran tamaño que no han sido excavados en su totalidad. No obstante lo anterior, lo común es encontrar tres o cuatro individuos. Estos pueden estar depositados en tumbas individuales *(Foto 51)* o colectivas.

Por lo general, los túmulos señalan la presencia de tumbas excavadas directamente desde el suelo original a unos 50 ó 100 centímetros de profundidad. Luego que ésta era tapada, se levantaba el túmulo.

En algunos de ellos, no obstante, se ha detectado la presencia de cámaras o bóvedas funerarias excavadas en el compactado suelo original, en las cuales se depositaban los cuerpos y a las cuales se accedía a través de un angosto foso que fue excavado antes de que se levantara el túmulo. (*(Foto 52 y 53)*

También es común registrar emplantillados de piedras de distinto tamaño, que al parecer, servían para demarcar la presencia de entierros y así evitar su disturbación en caso de que se realizaran nuevas inhumaciones en el mismo sector.

A pesar de ser la más común, los cementerios de túmulos no son la única forma de enterratorio practicada en el Aconcagua durante el período intermedio tardío, tal como ha quedado demostrado con el hallazgo de tumbas simples bajo ocupaciones habitacionales en la zona de San Vicente, en las cercanías del estero Pocuro. *(Foto 54)*

Sea cual sea el tipo de inhumación, la posición de los cuerpos es por lo general extendida, con la cabeza orientada de preferencia hacia el Este y con evidencias del enfardamiento de los cuerpos con algún tipo de fibra vegetal o animal.

Junto a los individuos es posible encontrar aquellas ofrendas que sus deudos depositaron y los restos del ajuar con que estaban ataviados. Entre las primeras, las más comunes son los cántaros de cerámica con alimentos y líquidos *(Foto 55)*, instrumentos de molienda, restos de sus armas (puntas de proyectil), y entre los segundos, predominan los colgantes, collares y aros, más restos de las vestimentas con que estaban cubiertos.

A pesar de que la preservación de los materiales al interior de estos montículos es pobre, ha sido posible establecer ciertas relaciones recurrentes entre tipo de ofrendas, , sector del cementerio y el sexo del

Fondecyt 1970531

Foto 48. Cementerio de túmulos - Bellavista, San Felipe

Fondecyt 1970531

Foto 49. Túmulo - Santa Rosa

Fondecyt 1970531

Foto 50. Vista emplazamiento y entorno cementerio de Bellavista, San Felipe

Fondecyt 1970531

Foto 51. Tumba sitio Ancuviña El Tártaro, Putaendo

individuo al cual están asociados.

En un cementerio de túmulos de la Cultura Aconcagua estudiado en la zona de Lampa ha sido posible establecer que los túmulos de mayor tamaño, colectivos y con más ofrendas se ubicaban en el lado Este, mientras que en el sector Oeste se ubicaban los túmulos de menor tamaño, individuales y con menor cantidad de ofrendas, los cuales pertenecían a individuos femeninos o bien niños o adultos mayores.

También se daba una diferencia con respecto a la disposición del motivo decorativo emblemático de la cerámica Aconcagua, el "trinacrio". En la mayoría de los casos, cuando las aspas del motivo se encontraban orientadas hacia la derecha, la pieza estaba asociada a un individuo masculino adulto, pero cuando estas estaban dirigidas a la izquierda, correspondía a la ofrenda de una mujer, un niño o un anciano.

Se expresa de este modo una diferencia jerárquica presente en los sistemas de creencia andinos y también en la cultura mapuche, y que se da relacionada junto a la dicotomía derecha-izquierda, arriba-abajo, hombre-mujer, el principio de la dualidad y los opuestos complementarios, todos los cuales definen el modo en que el mundo era concebido por estos grupos.

La profunda disturbación a la cual han estado sometidos los cementerios del valle de Aconcagua ha impedido hasta el momento realizar un análisis tan prolijo como el realizado en Lampa. A pesar de lo anterior, ha sido posible establecer ciertas asociaciones tentativas.

Una de las más importantes es la asociación detectada tanto en el sitio Ancuviña El Tártaro (Putaendo), como en el sitio Pocuro 4 (San Vicente), en donde se asocian instrumentos de molienda fracturados, como manos de moler y morteros, a individuos femeninos, lo cual podría estar claramente relacionada con las actividades realizadas en vida por esas mujeres.

También de significación es la asociación a individuos masculinos de vastas piezas con las decoraciones más frecuentes, y que pueden ser llamadas emblemáticas, tales como el "estrellado" en Ancuviña El Tártaro (Putaendo) y el rojo engobado cuatripartito en Santa Rosa y en Pocuro 4 (San Vicente).

José Miguel Santana

Foto 52. Cámara funeraria bajo túmulo - Bellavista, San Felipe

Fondecyt 1970831

Foto 54. Enterratorio directo - Pocuro, San Vicente

Fondecyt 1000172

Foto 53. Cámara funeraria bajo túmulo - Santa Rosa

Fondecyt 1000172

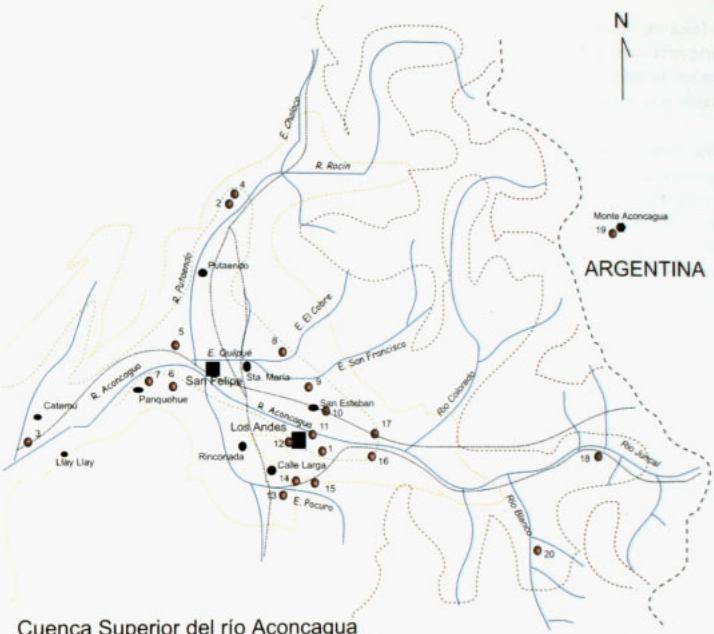
Foto 55. Vasija como ofrenda funeraria, Santa Rosa

II.d El Tawantinsuyu en Aconcagua: El Período Inka (1.400 a 1.536 d.C.)

Durante las primeras décadas del siglo XV, arriba un nuevo grupo cultural al valle de Aconcagua, los Inkas. De esta forma, el área pasaba a ser parte integrante del Tawantinsuyu, el singular y extraordinario estado formado por los Inkas, que con su carácter expansivo, se extendía desde Colombia hasta Chile Central.

Debemos advertir a los lectores, que la presencia Inka no manifiesta la majestuosidad de su arquitectura como en su ciudad capital, el Cuzco o el santuario de Machu Pichu, sin embargo la monumentalidad de sus edificaciones es única e impresionante en Chile Central. En el valle de Aconcagua nos encontramos con su extensa red vial, tambos, centros administrativos, fortalezas, santuarios de altura, cerros wakas y cementerios. Una presencia fuerte, pero discontinua ya que el Tawantinsuyu solo se instaló en ciertos segmentos del territorio, no ocupando todo el valle. Esto es importante, ya que el Inka se mantiene separado espacialmente de los asentamientos de las culturas locales de Aconcagua, a lo que debe sumarse la falta de un sincretismo de la cultura material entre las dos entidades, como ocurrió con los Diaguitas. Estos últimos en una integración notable, fundieron formas y diseños cerámicos en lo que se conoce como alfarería Inka-Diaguita

Las evidencias materiales de la presencia Inka en Aconcagua, tampoco nos permiten hablar de una conquista militar y una ocupación total del territorio. Al parecer los hábiles cuzqueños, aprovecharon la presencia previa de los Diaguitas en el valle, que eran sus aliados, para acceder a la zona. Así no fueron necesarios poderosos ejércitos ni la subyugación de la población local. Si bien, no están claras las motivaciones de la rápida y gran expansión Inka, varios de los estudiosos del tema, plantean que esta se relacionaría con prácticas de reciprocidad propias del Tawantinsuyu. En este esquema los soberanos Inka o *Sapan inka*, debían constantemente acumular e intercambiar bienes de alto valor simbólico para renovar sus alianzas con los distintos curacas, representantes de los distintos grupos culturales o etnias, que componían el Tawantinsuyu. Además, los Inkas necesitaban de estos bienes para ofrendar a su panteón de deidades, encabezadas por el Sol y las múltiples *Wakas* o deidades locales. Estos bienes de gran valor simbólico, eran hermosos tejidos o *cumbi*, hermosas piezas cerámicas, adornos y figurillas en concha de Spondylus o *Mullu*, originario de la costa del Ecuador, objetos de metal, especialmente oro, que se fundía para modelar Ídolos, figurillas humanas y animales, y toda clase de objetos sagrados. El oro no poseía un valor de cambio o se acumulaba, eran sus propiedades como color y brillo, que lo asemejaban al Sol, máxima deidad del Tawantinsuyu, las que le conferían su valor simbólico y de ofrenda. De esta forma, la



Cuenca Superior del río Aconcagua
Sitios Período Inka (1.400 - 1536 d.C.)

1. Cerro Mercachas
2. Pukara El Tartaro
3. Cerro La Cruz
4. El Tártaro (área)
5. Bellavista
6. El Palomar
7. Estero Lo Campo
8. El Cobre (área)
9. El Triunfo
10. La Florida
11. El Sauce
12. Villa Cormecánica
13. El Castillo
14. Pascual Baburizza
15. Santa Rosa
16. Vilcuya (área)
17. Primera Quebrada
18. Ojos de Agua
19. Monte Aconcagua
20. Río Blanco 2

—— Posibles trazados del Camino del Inca

1.000 msnm
2.000 msnm
3.000 msnm
4.000 msnm

Escala
1: 500.000

presencia Inka en Aconcagua, parte del *Kollasuyu,* la sección austral del Tawantinsuyu, podría haber sido en parte motivada principalmente por el interés en minerales, como el oro y cobre, que explotaban en la costa, en los lavaderos de oro de Marga-Marga, y el cobre en ricas vetas cordilleranas, como las de río Blanco, donde hoy existe el importante centro minero de Saladillo.

Un aspecto insoslayable de los asentamientos Inka del área, es su carácter casi absolutamente monocomponente, en cuanto a cultura material, especialmente su contexto cerámico, lo que reafirma la idea de segregación de los contextos locales, que mencionamos más arriba. El contexto cerámico y sus patrones decorativos, en los sitios Inka corresponde a la alfarería de la denominada Fase Diaguita-Inka o Diaguita III, en el Norte Chico. Las formas identificadas revelan la existencia de platos playos o *chua,* muchos terminados en bellas cabezas ornitomorfas *(Foto 56, 57)*, las *makas* o aríbalos *(Foto 58)*, ollas de pedestal *(fotos 59, 60)*, las *Aysana o* botellas con asa horizontal u oblicua, que tradicionalmente acompañan la presencia incaica, así como escudillas diaguita con formas correspondientes a las Fases II y III *(Foto 61)*. Los motivos presentes en las formas incaicas también son característicos, nos referimos a los rombos en hilera *(Foto 62)*, clepsidras *(Foto 63)*, reticulados, ajedrezados *(Foto 64)* y bastones paralelos. La situación observada, ha permitido corroborar que los contextos cerámicos incaicos, del curso superior del río Aconcagua, no son el resultado de ninguna clase de mixtura entre cerámica inka y otra local, por el contrario es la implantación directa de un contexto cerámico desarrollado en el Norte Chico. A este contexto se agrega solo ocasionalmente y en forma minoritaria cerámica local u otra no propia del área, como la de la de Cultura Aconcagua. Esta situación confirma lo observado por los investigadores desde hace largo tiempo, en el sentido de que son los Inkas con sus aliados Diaguitas, los que representan al Tawantinsuyu en Chile Central.

Los antecedentes arqueológicos sobre la presencia Inka en el área, nos remiten principalmente a asentamientos de claro carácter monumental. Entre estos destaca el denominado «enclave económico administrativo» de Cerro La Cruz, en Catemu, localizado en un cerrillo en la margen Norte del río Aconcagua. Este asentamiento cumplía una variedad de funciones, algunas propiamente administrativas de los asentamientos Inka del área, pero también productivas como la metalurgia. Características similares pudo cumplir El Castillo que si bien se localiza en el trazado del camino Inka Trasandino, definiéndosele como un tambo, por su envergadura parece haber servido para nuclear otras actividades. Recientemente descubierto, el Pucara de El Tártaro, en el curso medio del río Putaendo, es el mayor asentamiento Inka en el área, con múltiples estructuras y recintos, muy densamente agrupados en la cima de un cerrillo que domina todo el valle de Putaendo y el *capac ñam* Longitudinal inka *(Foto 65, 66)*. Como los otros sitios Inka, El Tártaro además de funciones de vigilancia y defensivas, poseyó otras funciones, así es como se registran más de una decena de *kollkas (Foto 67)*, estructuras circulares para el almacenamiento de alimentos. Asi-

Daniel Pablovic

Foto 56. Plato o *Chúa* - Santa Rosa
Museo Arqueológico de Los Andes (15 cms. Dm.)

Daniel Pavlovic

Foto 58. Aríbalo o *Maka* - El Sauce
Museo Arqueológico de Los Andes (30 cms. alt.)

Daniel Pablovic

Foto 57. Plato o *Chúa* - Santa Rosa
Museo Arqueológico de Los Andes (15 cms Dm.)

Daniel Pavlovic

Foto 59. Olla de pedestal - Santa Rosa
Museo Arqueológico de Los Andes (20 cms alt.)

Daniel Pavlovic

Foto 60. Ollas de pedestal - El Sauce
Museo Arqueológico de Los Andes (12 cms Dm.)

Daniel Pavlovic

Foto 61. Escudilla Diaguita-Inka - El Triunfo
Museo Arqueológico de Los Andes (15 cms Dm)

Daniel Pavlovic

Foto 62. Escudilla Inka-local - El Triunfo
Museo Arqueológico de Los Andes (15 cms. Dm.)

Daniel Pavlovic

Foto 63. Escudilla Inka-local decoración en Clepsidra Santa Rosa .
Museo Arqueológico de Los Andes (20 cms Dm.)

Daniel Pavlovic

Foto 64. Pieza Cerámica Diaguita-Inka - Escuela Pascual Baburizar
Museo arqueológico de Los Andes (25 cms alt.)

mismo, el asentamiento debió servir para albergar a la comunidad Inka-Diaguita del área, la que ocupó los campos cercanos para la siembra. Dentro del registro del sitio, cabe mencionar la presencia de instrumentos musicales como flautas de pan *(Foto 68)*, elaboradas en combarbalita, que nos hablan de la variabilidad y riqueza de las actividades del Tawantinsuyu, en este rincón del *Kollasuyu*.

También existen antecedentes sobre cementerios Inka de patrón abovedado, como El Triunfo en San Esteban. En estos, se excavaba un túnel o ducto y luego se despejaba una gran cámara o bóveda subterránea, donde se depositaban los cuerpos, junto a su ajuar u ofrenda. De igual forma existen referencias sobre la presencia de contextos mortuorios, con ofrenda o ajuar, compuesto de cerámica Diaguita-Inka, al interior de cementerios de túmulos, de las culturas locales, como en Bellavista, en San Felipe y Santa Rosa *(Foto 69)*, en Los Andes. Contextos con similares características, pero sin evidencia de túmulos, se registran en El Sauce (Los Andes) y Primera Quebrada.

De cualquier forma, uno de los testimonios más impresionantes del Tawantinsuyu en Aconcagua es su red vial o *capac ñam*, con tambos asociados, representada a lo menos por dos caminos, los denominados Longitudinal, que corría de Norte a Sur por la vertiente occidental de Los Andes, y el Trasandino que comunicaba Aconcagua con el área de Mendoza, atravesando la Cordillera de Los Andes. Si bien el trazado exacto no se conserva, sí encontramos las ruinas de varios de sus tambos e incluso fortalezas asociadas a los antiguos caminos, de hecho el *capac ñam* articulaba todos los asentamientos Inka de Aconcagua. El camino Longitudinal, proveniente del Norte y que nacía en el mismo Cuzco, entraba al valle de Aconcagua por el río Putaendo, ruta que en parte siguió el Ejercito Libertador, varios siglos después. En este camino debe destacarse la presencia de la fortaleza de El Tártaro, que en el curso medio del río Putaendo, controla el tránsito por la ruta. En tanto, el camino Trasandino entraba a Chile por el actual Paso Los Libertadores, bajando luego por el río Juncal continuando luego por el Aconcagua, desviándose luego hacia el Sudoeste por el estero Pocuro. Desde este último punto, el camino enfilaba hacia el Sur hacia el río Mapocho, atravesando la Cuesta de Chacabuco. En esta camino se conservan evidencias de a lo menos dos tambos, uno en Juncal, llamado Ojos de Agua y otro en El Castillo, a orillas del estero Pocuro

Como vemos, la arquitectura monumental, ha sido el indicador más diagnóstico, en conjunto con la alfarería, para identificar sitios adscribibles al Tawantinsuyu en Chile Central. Por lo mismo, la mayoría de los esfuerzos de investigación se han orientado hacia éstos y la determinación de sus particulares patrones arquitectónicos. Antes que nada, debemos decir que si bien el Tawantinsuyu en su expansión al Sur presenta algunos elementos arquitectónicos comunes, reconocidos por los distintos estudios, estos presentan una gran variabilidad, que no permite tomar los criterios propuestos como un decálogo

Fondecyt 1970531

Foto 65.Panorama cerro Pucara El Tártaro - Putaendo

Martin Quintanilla

Foto 66. Vista aérea muro y estructuras - Pucara El Tártaro. Putaendo

para determinar la presencia o naturaleza Inka de los asentamientos. De acuerdo con los criterios establecidos, para los patrones arquitectónicos inka, podríamos decir que los sitios estudiados, se presentan más bien pobres. Sin embargo, creemos que los registros obtenidos enriquecen las características de la arquitectura monumental inka en el *Kollasuyu*. Exceptuando El Castillo, donde no se conservan las estructuras, tanto El Tártaro, como Cerro Mercachas aportan valiosa información. En Pucara El Tártaro, a pesar del mal estado de conservación, debido al colapso de muchos de los muros, de las múltiples unidades arquitectónicas, hemos reconocido algunos rasgos, de lo que se ha dado en denominar como clásico incaico. Dentro de estos, tenemos rasgos arquitectónicos como los recintos perimetrales compuestos, sistema defensivo con torreones o atalayas, plaza, *kollcas* circulares, muro doble y muros perimetrales defensivos.

Un sitio especialmente relevante es Cerro Mercachas, que estudios previos habían descrito como una atalaya o fortaleza inka *(Fotos 70, 71)*. Una nuevo estudio ha demostrado que es importante subrayar para la definición de la funcionalidad del sitio, su gran elevación con respecto al piso del valle, entre 800 y 600 metros, que impide la visión de cualquier detalle en el valle, menos observar la circulación de personas; además tampoco es observable desde el valle, por lo que no podría cumplir una función siquiera intimidatoria; la mayoría de los recintos más grandes, incluyendo los de patrón rectangular, se localizan en el extremo Noreste del complejo arquitectónico, con una amplia visibilidad hacia las más altas cumbres de la zona, como el Aconcagua y el Mocoven. A esto debe añadirse, las escasas evidencias artefactuales de ocupación, a pesar de lo extenso del yacimiento. Esto delataría un uso esporádico del sitio, ligado a actividades rituales y las características del contexto cerámico, que sólo integra los elementos más típicamente cuzqueños de la Fase Diaguita-Inka. De esta forma, y concordando en parte con la sugerencia de otros autores, creemos encontrarnos ante un nuevo rasgo de la presencia Inka en el curso superior del río Aconcagua, la instauración de sus propias Wakas, legitimando un dominio político religioso sobre el territorio que ocupan. Cuando hablamos de Wakas, nos remitimos a deidades locales que actúan como dispensadores de energía vital para sus feligreses, sus tierras y todo el territorio bajo su protección; entre el grupo y su Waka se establece una relación de reciprocidad, siendo consideradas las ceremonias y ofrendas dirigidas al Waka como la contraparte del grupo para su benefactor divino. Además, las Wakas poseían su lugar en el espacio, como en este caso un cerro, pero también podía ser un lago o una roca, lo cual le daba a la Waka el significado de dueño territorial representado por un fragmento de terreno, de esta forma las Wakas aparecen como símbolos de organismos políticos o etnias.

En este mismo sentido, no se puede dejar de mencionar por su importancia, el hallazgo del Santuario de Altura del Cerro Aconcagua, que da cuenta de la realización del ritual de la *Kapaqocha* en el área.

Foto 67. *Kollka* - Pucara El Tártaro - Putaendo

Foto 68. Flauta de pan

Foto 69. Decoración interior escudilla inka-local - Santa Rosa
Museo Arqueológico de Los Andes (20cms Dm.)

La *Kapaqocha* constituía una de las ceremonias más importantes del mundo religioso Inka y consistía en un sacrificio humano que se realizaba durante el *Inti Raimy*, el solsticio de verano, aunque también en otras ocasiones, con motivo de sequías u otros cataclismos. Este ritual se realizaba en estructuras edificadas en las más altas cumbres de la cordillera, donde se sacrificaba generalmente jóvenes, los que luego eran depositados en tumbas previamente preparadas. Las víctimas eran ricamente vestidas, con penachos de plumas, brazaletes y pectorales de plata; también eran acompañados de un suntuoso ajuar, en el que destacaban figurillas humanas y animales de oro y mullu. El sacrificio, además de ser una forma de pago por los favores recibidos por parte de las deidades, especialmente la fertilidad humana y natural, formaba parte también de una estrategia inka por legitimar su presencia, especialmente en el *Kollasuyu*.

De manera general, el estudio de las instalaciones inkaicas en Aconcagua, ha hecho sobresalir la variabilidad que estas poseen en el *Kollasuyu* y la polifuncionalidad que adquieren muchos de sus asentamientos y patrones arquitectónicos. Así, ya no es posible asegurar que la localización en la cima de un cerro y la existencia de un muro perimetral, conviertan de inmediato al yacimiento en una fortaleza. Es necesario situar estos rasgos en un contexto general; sólo de esta forma, ha sido posible asignar funciones defensivas a El Tártaro, o ceremoniales a Cerro Mercachas, como parte de las estrategias del Tawantinsuyu, para legitimar su presencia en este territorio.

Otro hecho, sólo recientemente advertido por parte de los investigadores del Inka en Chile Central, es la existencia de una manifestación de arte rupestre asociada al Tawantinsuyu. Tradicionalmente se había pensado, que en el curso superior del río Aconcagua, existía un solo estilo de arte rupestre, el clásicamente llamado Estilo Aconcagua o Estilo I. Ahora, sin embargo, el descubrimiento del Pucara El Tártaro y su asociación a paneles de arte rupestre, unido a otros resultados sobre la estructura de los diseños plasmados en las rocas, han permitido definir un segundo estilo que se asociaría a la presencia del Tawantinsuyu, tema que tratamos en otro capítulo. En tal sentido, el arte rupestre incaico estaría jugando un importante papel en el proceso de apropiación del espacio y legitimación de su presencia, confirmando el espacio definido por la cuenca de San Felipe y Los Andes adquiere un significado político y simbólico desconocido con anterioridad.

Finalmente, uno de los resultados más relevantes alcanzados por las últimas investigaciones arqueológicas en el valle de Aconcagua, luego de la obtención de fechados absolutos por el método de termoluminiscencia, en muestras de cerámica es la comprobación de una mucho más temprana presencia del Tawantinsuyu en el área. Se puede plantear que una fecha alrededor de 1400 d.C., para los inicios de la presencia incaica

Fondecyt 1000172

Foto 70. Panorámica Cerro Mercachas o La Mesa

Martín Quintanilla

Foto 71. Vista aérea - Muro perimetral lado oeste - Complejo Arquitectónico Cerro Mercachas.

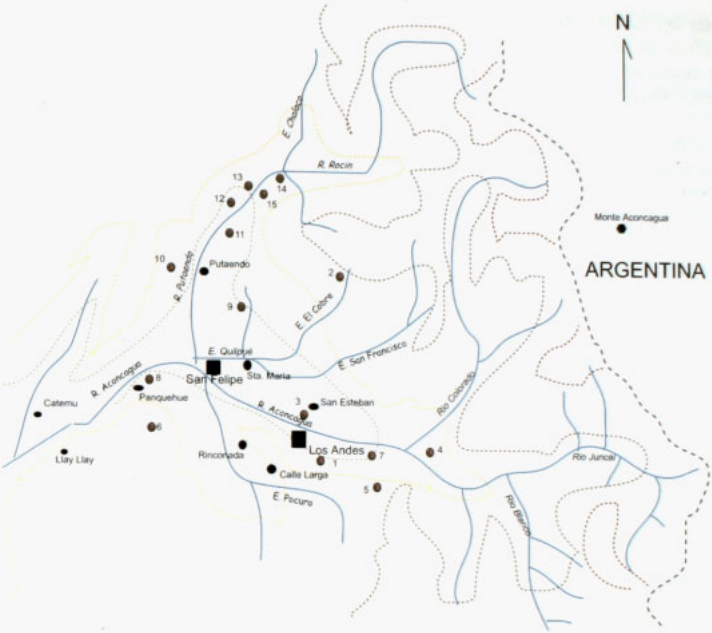
en el área es coherente e incluso conservadora. La aceptación del carácter temprano de la presencia del Tawantinsuyu, aparte de contradecir las fuentes etnohistóricas, que fijaban la llegada del Inka alrededor de 1475 d. C., conlleva una serie de interrogantes, que esperamos poder responder más adelante. De hecho, es significativo que su presencia de por lo menos un siglo en el área, no haya producido modificaciones mayores en la cultura material de los grupos locales, y por otra parte, invita a reconsiderar las formas y mecanismos de expansión incaica en esos momentos, cuando el Tawantinsuyu más que nunca debió ser un organismo sociopolítico estatal de carácter temprano. En este contexto, pensamos que nuestra caracterización de la presencia inka en el área, es razonable con la presencia de un joven Tawantinsuyu.

II.e. "Las Piedras Marcadas": El Arte Rupestre de Aconcagua

Recorriendo los cerros y sectores altos del valle, más de alguno de nosotros se habrá encontrado con un elemento que seguramente le llamó la atención: bloques rocosos de diversos tamaños, que presentan en algunas de sus caras figuras geométricas, sean círculos, líneas o cuadrados, o, en el mejor de los casos, alguna representación humana, distinguible por la presencia de piernas, cuerpo, brazos y cabeza. Estas manifestaciones culturales, propias de la prehistoria del curso superior del río Aconcagua, se denominan arte rupestre y son el tema del presente capítulo.

Como bien dice su nombre, el arte rupestre se refiere a una expresión gráfico-visual, y por ende de carácter cultural, que se caracteriza por su disposición en soportes naturales, ya sea sobre rocas o sobre la superficie natural del terreno. Este arte inmueble, en cuanto no se realiza sobre materialidades transportables, puede ser dividido en diferentes grupos de acuerdo a sus características. Dentro del primer grupo encontramos grabados, pinturas y pictograbados, conjunto de conceptos que se asocian pre

ferentemente con la idea de arte rupestre. Como su nombre lo dice, los **grabados** hacen referencia únicamente a figuras grabadas sobre rocas por medio de una técnica de sustracción. Se pueden construir ya sea por medio de percusión o raspado. Las **pinturas**, por su parte, se basan en la construcción de figuras por medio de un principio de adición de pigmentos y colorantes de origen mineral, vegetal o animal sobre una superficie rocosa. Los **pictograbados**, finalmente, responden a la fusión de los dos tipos anteriores, es decir, son imágenes grabadas (originadas por sustracción) que presentan en sus surcos pigmentos o colorantes (originados por adición); como los anteriores, se realizan sobre una superficie rocosa.



Cuenca Superior del río Aconcagua
Sitios de Petroglifos

1. Cerro Mercachas
2. Campos de Ahumada (área)
3. Paidahuen
4. Río Colorado
5. Los Azules
6. Cordón de Chacabuco (área)
7. Vilcuya (área)
8. Estero Lo Campo
9. El Saino (área)
10. Granalla (área)
11. Piguchen (área)
12. El Tartaro (área)
13. Casa Blanca (área)
14. Los Patos (área)
15. Ramadillas

Escala
1: 500.000

- 1.000 msnm
- 2.000 msnm
- 3.000 msnm
- 4.000 msnm

El segundo gran tipo de arte rupestre son los **geoglifos**, figuras, generalmente de gran tamaño, elaboradas sobre la superficie de un terreno natural (preferentemente cerros o planicies). Su construcción puede realizarse por medio de la acumulación dirigida de materiales sobre la superficie, o por el contrario, a través de la remoción de materiales de superficie o excavación.

En el caso del valle de Aconcagua, las evidencias disponibles indican la existencia solamente de grabados rupestres. Es posible pensar que algunos de estos grabados hayan sido pictograbados, es decir, que en sus surcos grabados hayan presentado algún tipo de pigmento, pero por la acción erosiva de las precipitaciones, o por el mismo paso del tiempo, lo hayan perdido.

Como dijimos anteriormente, los grabados rupestres son un producto cultural que en ningún caso es fortuito y aleatorio, sino que muy por el contrario, la producción de este arte responde a un conjunto de normas definidas históricamente y que son propias a la forma de entender el mundo por parte de la población originadora. Esta característica es un elemento común a todo tipo de expresión artística, y es gracias a ella, que a partir de su estudio sistemático y meticuloso podemos ser capaces de asociar las figuras grabadas en las piedras a una determinada cultura e intentar desarrollar un conjunto de hipótesis interpretativas que nos permitan abordar un entendimiento sociológico de las antiguas poblaciones de la zona.

Por otro lado, debido a que las imágenes son un producto culturalmente determinado, en muchos casos nos es imposible acceder al significado de las figuras allí grabadas, especialmente en el caso de aquellas de tipo geométrico. Por ejemplo, generalmente, al observar un círculo con líneas en su exterior a manera de rayos pensamos en un sol, sin embargo, debemos reconocer que tal conceptualización visual del sol es propia de nuestra sociedad y no necesariamente otras culturas graficaron de esta misma manera este astro. Es por ello, que en arte rupestre es muy difícil abordar el problema de la significación de los signos plasmados en la piedra. Este escollo sólo puede ser salvado en pequeños casos, cuando contamos con escenas naturalistas que grafican de forma clara una idea, tal como puede ser la de seres humanos cazando animales. Aunque en este punto también nuestra interpretación tiene una limitación, ya que si bien sabemos que están cazando animales, no sabemos por o para qué, ¿acto ritual?, ¿escenificación de una caza real ocurrida en el lugar?, ¿escena que enseña las artes de la cacería?, o ¿todas las anteriores?

Es por ello, que al momento de trabajar con arte rupestre debemos ser conscientes de que estamos trabajando en una extrema cercanía con la mente prehispánica que originó tal expresión gráfica, por lo que

debemos ser cuidadosos de no plasmar nuestra forma de entender el mundo sobre las escenas allí representadas.

Este límite interpretativo no es un freno tampoco al conocimiento del pasado, pues a partir del conocimiento antropológico de las sociedades prehispánicas, debemos ser capaces de bordear los sentidos del arte rupestre que observamos, pero para ello, lo primero es saber a qué poblaciones pertenecen las figuras que estamos estudiando. Esencial en este punto es la noción de estilo. En términos simples, el estilo hace referencia a una forma de hacer las cosas, lo cual quiere decir que dentro de un estilo encontraremos un amplio conjunto de figuras que, de una u otra manera, responden a una lógica similar en su construcción. En arte rupestre, esto se expresa entonces, no tanto en la existencia de un solo tipo de figuras rupestres, sino por el contrario, en un amplio abanico de motivos que responden a unas ciertas normas constructivas, que como dijimos, son propias de una determinada cultura. En otras palabras, a partir de un estilo, se materializa una forma de arte específica y particular.

Siguiendo estos parámetros, para la zona del valle de Aconcagua ha sido posible definir dos estilos de arte rupestre, uno primero propio de los grupos del Período Intermedio Tardío (1000 a 1400 d.C.) y un segundo de tiempos incaicos (1400 a 1536 d.C.). Junto a esto, se ha identificado una escena rupestre que es propia de Época Histórica Temprana, y sobre la cual nos explayaremos más adelante.

El **primer estilo de arte rupestre** definido para el área se caracterizaría por una amplia representatividad de figuras geométricas, una menor frecuencia de figuras humanas y un bajo registro de figuras zoomorfas, tal como lo adelantaron otros autores.

El elemento figurativo básico, y que creemos que caracteriza en forma clara a este estilo, es el predominio de la figura circular. Dentro de los motivos geométricos, el círculo es el elemento principal para la construcción de las diferentes representaciones que componen este estilo. Sin embargo, esta construcción se rige por unas normas de elaboración que se traducen en una amplia gama de motivos. La característica principal de la confección de esta figura es que ella casi nunca se representa en una forma simple, es decir, solamente un círculo; por el contrario, en sus posibilidades decorativas se encuentra la aplicación de apéndices y/o decoración interior. *(Fotos 72, 73, 74)*

Otra variedad decorativa del círculo es la creación de círculos concéntricos, sean estos simples, con un circulo inscrito, o compuestos, con más de un círculo inscrito. Ambas variedades del círculo pueden presentar algún tipo de decoración interior, sean éstos un punto central o trazos lineales. Sin embargo, este elemento decorativo se aplica al interior del círculo más pequeño y en ningún caso

entre los diferentes círculos inscritos. Los apéndices lineales también forman parte de este universo representacional como elementos decorativos, pero ellos no se aplican a los círculos concéntricos compuestos.

A partir de la combinación de las estrategias decorativas mencionadas se genera gran parte de la representación rupestre de este estilo. A ello debe sumarse la adición de otras figuras como herramienta constructiva de muchos motivos, originando figuras como círculos agrupados. *(Foto75)*

La cantidad de figuras posibles de ser construidas a partir de la conjunción de todos estos elementos es inmensa y es ello lo que explica la gran variedad de imágenes rupestres que exhibe este estilo. Estas mismas tecnologías de construcción del motivo hacen ver este arte como una expresión ambigua, donde la conjunción de reglas hace que un mismo elemento pueda ser en sí una figura y/o ser parte de un motivo mucho más amplio. Esto se traduce en la casi total ausencia de figuras geométricas individuales, siendo casi siempre un elemento geométrico parte de una entidad más amplia que se forma por la recurrencia de la yuxtaposición.

La importancia del círculo en este arte rupestre se basa no sólo en su casi exclusiva representación en el ámbito geométrico, sino en que ella actúa también como elemento de construcción de la figura humana. Puede objetarse que es natural su presencia en los motivos antropomorfos por cuanto es un elemento lógico de representación de la cabeza. Dejando al margen que esto no siempre es así, lo que distingue este caso es que el círculo no sólo representa cabezas, sino también cuerpos y pelvis, todos ellos con algún tipo de decoración interior.

Con respecto a la figura humana, creemos que en principio es posible pensar que gran parte de las figuras registradas correspondan a este estilo, pues a pesar de su gran diversidad, muchas comparten importantes elementos constructivos y se asocian espacialmente en los paneles.

Se caracteriza la figura humana por carecer de mayores atributos musculares, siendo dibujados a partir del delineamiento de los diferentes sectores del cuerpo humano, los cuales guardan una cierta proporcionalidad en sus dimensiones, a excepción de las extremidades superiores que son en la mayoría de los casos muy largas en comparación al cuerpo. Sus extremidades están siempre presentes, y en algunos casos manos y pies se explicitan. Los detalles mínimos del cuerpo, como ojos, boca, nariz, etc., no son representados en este caso. *(Fotos 76, 77, 78)*

La representación humana siempre se realiza de frente y mayoritariamente en una posición erguida.

Foto 72. Círculos - Casablanca

Foto 73. Casablanca

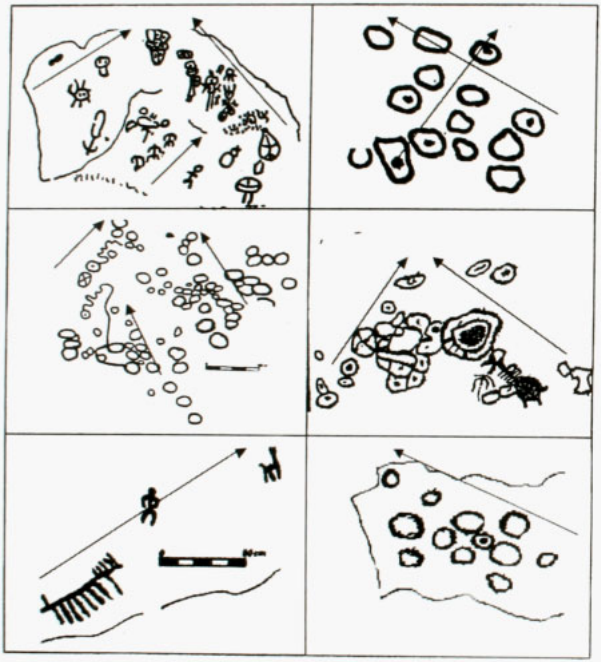
Foto 74. Piguchén

Foto 75. Figura Antropomorfa - Casablanca

Tocados y otros atributos decorativos se presentan en estas figuras sin que de momento pueda ser posible adentrarse mayormente en sus asociaciones significativas.

Al observar la *(Lámina 1)* apreciamos la forma de materialización de este arte en el soporte rocoso, panel, encontrando sus dos características fundamentales: una ordenación oblicua y un uso extensivo del espacio. El primer caso hace referencia al hecho de que al observar las figuras rupestres, estas generalmente se disponen ordenadas en forma oblicua al interior del panel. Sobre el segundo punto, encontramos que independientemente del tipo y cantidad de motivos que se impriman sobre el panel, estos se disponen haciendo un aprovechamiento extensivo del espacio, es decir, dispersándose por la casi totalidad de la cara de la roca grabada.

Lámina 1



Las características anteriormente descritas, es decir, ordenamiento oblicuo, aprovechamiento extensivo del espacio y predominio de la figura compuesta, se observan también en la cerámica del Período Intermedio Tardío en la zona, *(Lámina 2)* por lo cual hemos asociado este estilo rupestre a esta época (ver cuadros N°1 y 2).

A diferencia del primero, el **segundo estilo de arte rupestre** en la zona se caracteriza por la presencia

Fondecyt 1000172

Foto 79. Campos de Ahumada

Fondecyt 1000172

Foto 80. Campos de Ahumada

Fondecyt 1000172

Foto 81. Jahuel

círculo concéntrico compuesto dentro de los nuevos cánones estilísticos. Esta idea se sostiene más aún al observar que esta figura se encuentra superpuesta sobre figuras circulares propias del Estilo I. *(Foto 82)*

Entre las figuras geométricas tenemos también una importante presencia de las figuras lineales simples e inscritas. Las primeras correspondientes a líneas de forma recta o zigzagueante que se disponen en los paneles, mayormente desconocidas en tiempos anteriores, y que en este momento, si bien no tienen una gran frecuencia, sí reciben cierta atención en algunos grabados.

Sobre la segunda, la figura lineal inscrita, consiste básicamente en motivos con forma de i latina inscritos en una figura similar mayor, figuras seudozoomorfas, así como la llamada cruz inscrita que corresponde a una figura cruciforme con un patrón idéntico al señalado para el caso anterior y que se repite en cerámica de tiempos incaicos. *(Foto 83)*

El círculo, como bien dijimos, se mantiene en esta época, pero adquiere algunas modificaciones importantes, como son, por ejemplo, la presencia del círculo concéntrico compuesto con una decoración interior lineal que se da entre los diferentes radios del círculo y no en su centro, como ocurría durante el Estilo I.

Una característica que cruza a todas las representaciones rupestres de este estilo es la ausencia de la yuxtaposición como herramienta constructiva, lo que deriva en un predominio de las figuras individuales. En contraposición al Estilo I, donde muchas de las figuras geométricas se construían según un principio de fusión, en el Estilo II predomina un criterio de fisión entre los diferentes elementos geométricos.

La representación de la figura humana, a pesar de no estar del todo definida, se ve alterada con respecto a lo definido anteriormente. Si bien ellas comparten algunos rasgos con figuras antropomorfas del Estilo I, se diferencian por la representación de los ojos, en algunos casos una casi total ausencia representativa de la cabeza (es sólo una raya a manera de gran ceja) y una desmesurada representación del tronco a partir de círculos concéntricos compuestos a los que se añaden apéndices a manera de extremidades. Su animación es nula y están erguidas y de frente. Innovador en este universo representacional, es la existencia de figuras humanas elaboradas con una técnica de relleno en su interior, por ejemplo el cuerpo; así como la representación aislada de cabezas con tocados realizados por similar técnica.

Es posible que dentro de este estilo encontremos también las llamadas figuras antropomorfas fitomorfizadas, que tomando como referencia la aplicación de trazos lineales construyen figuras semejantes a espigas de maíz, pero donde se indica por un círculo la presencia de una cabeza, en tanto que las extremidades se grafican por una serie de líneas quebradas que interceptan con el trazo eje en un número mayor al que en

Fondecyt 1970531

Foto 82. Cuadrado concéntrico - Casablanca

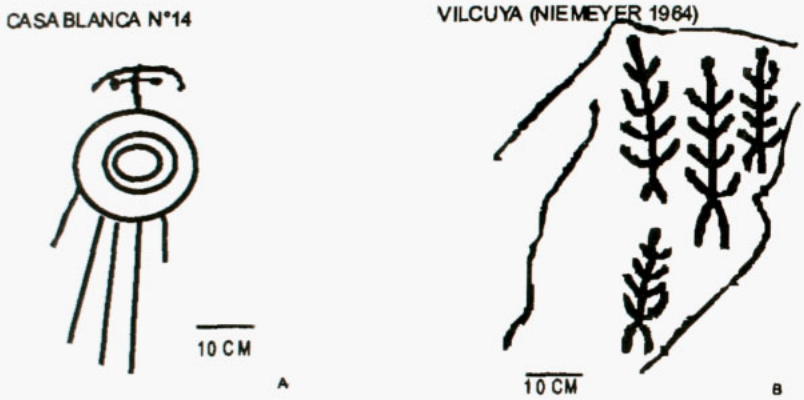
Fondecyt 1000172

Foto 83. Figura inscrita - Casablanca

realidad presentan los seres humanos. *(Lámina3)*

Sobre las figuras zoomorfas, no existe de momento una gran información.

Lámina 3



A diferencia del estilo anterior, la formas de ordenación de las figuras se caracterizan por la presencia de una disposición que combina lo horizontal con lo vertical, la que en ocasiones se desdobla con la presencia de una sola de ambas variables. Asimismo, en vez de encontrar un aprovechamiento extensivo del panel, los grabados de este estilo utilizan en forma intensiva el espacio, es decir, independientemente de si se ocupa o no todo el panel, el espacio ocupado se sobrecarga con una gran cantidad de imágenes.*(Lámina 4)*

Cronológicamente asociamos este estilo al Período Incaico, por cuanto sus características básicas: predominio figura individual, ordenamiento horizontal-vertical, aprovechamiento intensivo del espacio,

Lámina 4

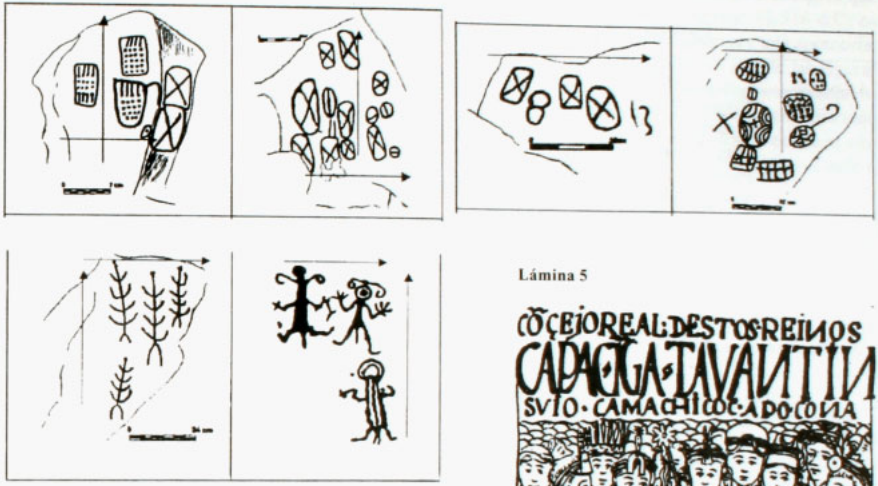


Lámina 5

presencia de figuras cuadrangulares e inscritas, son todos elementos que se repiten en otros ámbitos de la materialidad de estas poblaciones, ya sea cerámica o los textiles dibujados por el cronista incaico Guaman Poma en los inicios del siglo XVII. *(Lámina 5)*

En el cuadro N°1 se resumen las características que presentan cada uno de los estilos, mientras que en el N°2 se correlacionan los rasgos que definen las diferentes materialidades del Período Alfarero en el curso superior del río Aconcagua.

Finalmente, ha sido discriminada una tercera forma de arte en el curso superior del río Aconcagua, y que de momento

Cuadro N°1

Características Estilos I y II de Arte Rupestre en el CSA.

Estilo I	Estilo II
Figura circular Figuras lineales simples Figura humana circular Predominio figura compuesta Yuxtaposición Ordenación oblicua	Figura cuadrangular Redefinición figura circular Figuras lineales inscritas Redefinición figura humana (circular y lineal) Predominio figura individual Superposición Ordenación horizontal y vertical

Cuadro N°2

Comparación entre Arte Rupestre y otras materialidades del Período Alfarero en el CSA.

Período	Otras Culturas Materiales	Arte Rupestre
Alfarero temprano	Ausencia figura individual Ordenación horizontal	
Intermedio tardío	Predominio figura compuesta Ordenación oblicua Decoración extensiva	Figura circular Figuras lineales simples Figura humana circular Predominio figura compuesta Yuxtaposición Ordenación oblicua
Incaico o tardío	Figura cuadrangular (Guaman Poma) Figuras lineales inscritas (Cerámica) Predominio figura individual Decoración intensiva Ordenación horizontal y vertical	Figura cuadrangular Redefinición figura circular Figuras lineales inscritas Redefinición figura humana (circular y lineal) Predominio figura individual Decoración intensiva Superposición Ordenación horizontal y vertical

no la hemos definido como estilo, por cuanto la baja presencia de figuras impide acceder a la lógica que norma estas inscripciones. Esta forma de arte se asocia al Período Histórico Temprano (1.536 d.C. en adelante) y está representada por una escena de monta compuesta por dos figuras humanas y una zoomorfa, específicamente, un caballo. La construcción de los motivos es de tecnología similar a la de las figuras prehistóricas, es decir, un grueso trazo efectuado por picado y raspado. La figura humana carece de cuerpo y tiene unos largos brazos. El cuadrúpedo, por su parte, está representado por una construcción lineal del motivo donde se explicitan sus extremidades y orejas. Asociada a esta figura se encuentra un motivo antropomorfo con una representación lineal donde la cabeza se muestra como un punto y el individuo posee unos brazos extremadamente largos con indicación de las manos.

Es posible asignar esta escena al Período Histórico Temprano, debido a que las características constructivas del petroglifo asemejan a sus pares prehispánicas, por lo que es posible pensar en su elaboración por manos indígenas. De más está decir que la escena de monta lo referencia inmediatamente al Período Histórico.

Arte Rupestre, Sociedad y Cultura.

Una vez superada la pregunta básica para avanzar en el conocimiento del arte rupestre -¿de qué época es?- podemos continuar para ingresar hacia campos más profundos. ¿A qué hace sentido este arte?, ¿qué evoca?, ¿cuál es la relación entre cada estilo de arte y la sociedad que lo produjo?. Lo primero que debemos indicar es que la aparición del arte rupestre dentro del registro arqueológico del valle de Aconcagua marca una inflexión dentro de la forma como podemos concebir a las sociedades prehispánicas. A pesar de su sutileza, tras la materialización de las figuras en las piedras, encontramos una forma de pensamiento, una manera de relacionarse con la naturaleza, que es totalmente diferente a las existentes anteriormente. Por el solo hecho de ser capaces de grabar significados explícitos en el soporte natural, nos encontramos ante un grupo humano que se considera capaz de modificar en forma significativa y de manera perdurable la naturaleza, una sociedad que se considera con un poder capaz de modificar un elemento natural dentro de una condición de igualdad y dominio que no es propia a todos los grupos humanos. Esta inflexión social se da en el Período Intermedio Tardío, momento en que hace su aparición en el contexto local otro elemento material de alto impacto en el entorno, los cementerios de túmulos. Ambas expresiones materiales dan cuenta de esta forma de estar-en-el-mundo particular y que se caracteriza por su tendencia a la construcción de monumentos, es decir, elementos materiales que perduran al paso del tiempo.

La anterior implicancia es sólo una de las aristas que presenta el arte rupestre como elemento cultural y

que le da una significación, no significado, que nos permite adentrarnos en una sociología de las poblaciones indígenas. Otra arista de esta estructura polisémica, hace referencia a la relación que existe entre los sitios de arte rupestre y su distribución en el espacio. El emplazamiento de los grabados en determinadas rocas y lugares del curso superior del río Aconcagua no es un hecho fortuito, sino que por el contrario, es el resultado de una serie de elecciones culturales, por tanto normadas, que responden a una forma particular de concebir el espacio por parte de estos grupos. Así como el arte rupestre adquiere parte de su significado y eficacia simbólica, a partir de su disposición dentro de una geografía cultural, esta geografía cultural se define y semantiza por medio de la disposición de los grabados en el espacio.

Para el caso del Estilo I, asociado al Período Intermedio Tardío, las estaciones de arte rupestre se disponen básicamente en las rinconadas, pie de montes y laderas de cerros cercanas a los lugares de ubicación de los asentamientos de vivienda. Según los estudios preliminares realizados, corresponderían estos lugares a espacios silvestres, es decir, zonas donde si bien no se dispone directamente el asentamiento humano, sí son ocupados dentro de actividades económicas de importancia para la reproducción de la sociedad (recolección de frutos, leñas, etc.).

Espacialmente, es posible pensar que este arte se encuentra definiendo el umbral entre los espacios domesticados y salvajes; mientras el primero hace referencia a todos los lugares culturizados materialmente y utilizados por los seres humanos dentro de la cotidianeidad, los segundos son espacios no explotados, situados en las afueras de la vida cotidiana. Los grabados rupestres se disponen justamente en los límites de ambos, en el espacio silvestre, como marcando las fronteras del mundo culturizado y ocupado a diario. Este hecho, según los estudios antropológicos de Leach, les daría un carácter sagrado, en cuanto las manifestaciones materiales dispuestas en estas zonas liminales y de umbrales son partícipes de una gran importancia para la construcción social de la realidad. Claro está, que a partir de su propia condición, dentro de estas manifestaciones sagradas, es posible encontrar unas con mayor capital simbólico que otras y que se expresa en una serie de evidencias contextuales, cuales son cantidad de grabados, tipo de grabados, tipo de soporte, características del entorno.

A diferencia del primer estilo de arte rupestre, los grabados de tiempos incaicos adquieren una distribución algo diferente. Por un lado encontramos su disposición dentro de asentamientos con arquitectura incaica, elemento que puede ser entendido dentro de la propia cosmovisión andina, donde el proceso de grabar y construir pasan a ser elementos fundacionales para la creación y legitimación de una nueva realidad. Esta idea se ve avalada en un caso donde encontramos que una figura de este momento se dispone sobre otra de tiempos anteriores, disturbando su lógica constructiva.

Por otro lado, las figuras de tiempos incaicos generalmente se disponen en paneles exclusivos, es decir, en

soportes donde no se registran grabados de tiempos anteriores. La única excepción a esta regla es la coexistencia de figuras de ambos tiempos en paneles que, por sus características intrínsecas, destacan dentro del contexto rupestre del Estilo I.

De esta manera, a partir de la conjugación de este par de estrategias constructivas, encontramos que en tiempos incas, por un lado, se construye un nuevo paisaje, una geografía particular a este determinado momento del tiempo y que se basa parcialmente en un nuevo patrón de emplazamiento para esta manifestación arqueológica. Pero asimismo, algunos puntos continúan siendo semantizados durante esta época, ya sea por la disposición de soportes con figuras Estilo II en las cercanías de aquellos del Estilo I, o, por el contrario, por la superposición de figuras en aquellos casos especiales mencionados anteriormente. Significativas son estas superposiciones, ya que ellas pueden ser interpretables como una manera de apropiarse de elementos preincaicos en tiempos incaicos, estrategias de apropiación que, a nuestro entender, son discursos de poder que se implantan en el espacio y la naturaleza, ampliando de esta forma su eficacia simbólica.

Las diferencias en las formas de construcción de las figuras, de los patrones de emplazamiento y de las ordenaciones de las figuras al interior del panel, indican claramente un fuerte cambio cultural en las poblaciones indígenas de la zona con la llegada del Tawantinsuyu, transformaciones que se reprodujeron en una forma muy diferente de entender y construir la realidad social del momento, y en la que sin duda, el arte rupestre fue uno de los principales motores de la materialización de este nuevo orden.

III.- RECAPITULACIÓN

Con la llegada de los conquistadores europeos a mediados del siglo XVI finaliza la denominada prehistoria o historia prehispánica de Aconcagua y aquella de gran parte del territorio actual de nuestro país.

Tal como ya indicamos al iniciar este relato, la población indígena de Chile Central no desapareció, a pesar de que se vio gravemente afectada por el choque cultural con los hombres procedentes de allende el mar.

Su papel y trascendencia en la sociedad de la Capitanía General de Chile durante los largos siglos de la Colonia nunca ha sido considerada significativa y prácticamente no figura en la historia oficial de nuestro país.

Pero la recientemente desarrollada Historia Indígena ha permitido establecer el importante rol que estos grupos jugaron en el surgimiento de la población mestiza, mayoría en nuestro país, y en su herencia cultural, la cual subsiste parcialmente hasta el día de hoy en nuestras creencias, nuestros modos de vida, nuestra lengua, nuestros alimentos y en otras dimensiones, tales como la cultura material y las evidencias arqueológicas en general.

Esta sobrevivencia de los modos de vida y uso del espacio desarrollados en tiempos prehistóricos, continuada durante los siglos posteriores al contacto ha quedado demostrada en las investigaciones realizadas por los arqueólogos en la zona, en las cuales se ha verificado el emplazamiento de muchos sitios habitacionales de la colonia y la época republicana sobre antiguos asentamientos prehistóricos, y en la subsistencia de la técnica del enquinchado para la construcción y del uso de cerámica como vajilla.

Pero esta dimensión es tema de otro narración, la cual debe ser abordada en forma conjunta con la historia y sus documentos.

IV. UNA BREVE GUÍA PARA CONOCER MÁS ACERCA DEL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO DE ACONCAGUA

Aunque la mejor forma de conocer nuestra riqueza perhistórica sería visitar los sitios arqueológicos que existen en Aconcagua, las condiciones de conservación y preservación, en la mayoría de los casos, no lo permiten.

Esto se debe a que muchos de ellos se encuentran en terrenos privados y a que la mayoría de estos sitios no están debidamente protegidos contra los daños intencionales y no intencionales que puedan sufrir por el saqueo o "huaqueo" y el turismo.

Por lo anterior, la mejor forma de conocer y comprender nuestro patrimonio arqueológico es a través de la visita a una serie de instituciones, que situadas en la zona y fuera de ella, están dedicadas a su estudio y conservación.

Una de las más importantes es el Museo Arqueológico de Los Andes, en donde se conservan evidencias de todos los períodos de la prehistoria de la zona, en especial del arte alfarero desarrollado por los diferentes grupos. En este lugar también es posible conocer evidencias arqueológicas de otras zonas del país y de períodos posteriores a la conquista hispana.

Al mismo tiempo, en la Casa de la Cultura de San Felipe, es posible observar una de las colecciones de cerámica prehistórica más importante de la región, aquella procedente de los cementerios de túmulos de Bellavista. Esta ha sido conservada por la Sociedad de Historia y Arqueología de Aconcagua.

Alfarería del Período Intermedio Tardío procedente del valle de Putaendo puede ser observada en el Museo de la misma ciudad y en el perteneciente a la Sociedad Fonck, ubicado en la ciudad de Viña del Mar.

Un espacio para la reflexión antropológica y la intervención cultural en general, se encuentra en la Comuna de San Felipe, en el Centro de Artes y Oficios Almendral, el cial cuenta con material bibliográfico, exposiciones museográficas y profesionales calificados.

En la gran urbe de Santiago también es posible conocer materiales arqueológicos pertenecientes a la región de Aconcagua, alguno de los cuales se encuentran expuestos en los museos Histórico Nacional y Nacional de Historia Natural.

Otra forma de aprender más acerca del patrimonio prehistórico de Aconcagua es a través de la consulta de páginas virtuales existentes en Internet. Se recomienda aquella en donde los autores del presente libro han presentado los resultados de sus trabajos (www.geocities.com/arqueo_aconcagua) y las pertenecientes al Museo Nacional de Historia Natural y al Museo Chileno de Arte Precolombino.

Finalmente, y no por eso la menos importante, se debe tener en cuenta la consulta de textos orientados a la difusión del saber existente acerca de los antiguos habitantes de nuestro país, de los cuales se entrega una reseña en el apartado denominado bibliografía. Muchos de estos pueden ser consultados en bibliotecas especializadas, como las del Departamento de Antropología de la Universidad de Chile y la existente en el Museo Chileno de Arte Precolombino.

V. GLOSARIO

A

A.C.: antes de Cristo.
Ajuar: elementos que acompañan al cadáver como vestimentas y adornos.
Alero rocoso: pequeña cavidad natural en un macizo rocoso o producido por la asociación de varios bloques.
Area de Actividad: agrupamiento de materiales arqueológicos culturales, sean artefactos y/o elementos, con límites espaciales, cuya distribución y organización interna es consecuencia directa de la realización de una tarea específica, que a su vez tuvo límites definidos en su dimensión temporal.
Arte Rupestre: expresión artística prehistórica registrada en las paredes de rocas o aleros por grabado o aplicación de pintura.
Arqueología: disciplina cuya denominación proviene del griego y significa "estudio de lo antigüo" y que, utilizando un marco interpretativo antropológico y las técnicas y metodologías de las ciencias naturales, intenta reconstruir el modo de vida y la visión de mundo de las sociedades humanas pasadas.

C

Camélidos: mamíferos sudamericanos pertenecientes a la familia Camelidae. Pertenecen a ellos los guanacos y vicuñas (silvestres) y las llamas y alpacas (domésticados).
Cerámica: arcilla modelada y cocida a más de 400° C.
Cestería: actividad de confeccionar recipientes ("cestos") u otros objetos utilizando fibras vegetales preparadas sin hilar.
Conana o molino plano: artefacto de molienda sobre un bloque de piedra en el que se frota una piedra con otra piedra denominada "mano de moler".
Contexto Arqueológico: es el conjunto de materiales (artefactos y elementos) relacionados en el tiempo y en el espacio, resultado de las actividades humanas realizadas en condiciones concretas, pero que no se encuentran en uso por los grupos humanos actuales.
Cronología: datación o determinación de la antigüedad de una cultura.
Cultura arqueológica: asociaciones de contextos arqueológicos, como la totalidad de las manifestaciones culturales de un grupo social en un momento dado de tiempo.

D

Difusión: extensión de un rasgo cultural desde su punto de origen.
d.C.: después de Cristo.
Domesticación: el control de la fauna y la flora realizada por los grupos humanos a través de la selección y reproducción con el objeto de obtener una mayor productividad y eficiencia.

E

Engobe: revestimiento superficial de arcilla y minerales aplicado a la vasija antes de ser cocida.
Estólica o propulsor: utensilio de uso anterior al arco empleado para aumentar la fuerza y efectividad con que se puede arrojar un dardo; sinónimo de atlatl, lanzadera, tiradera, etc.
Estratigrafía: disciplina que estudia la superposición de estratos; establece que si un depósito de sedimentos se superpone a otro, este último es más antiguo que el superior y debe haberse acumulado anteriormente, por lo que los restos que se encuentran más abajo en una secuencia de acumulación ordenada deben ser más antiguos que los que están más arriba.
Excavación arqueológica: parte del método de búsqueda de restos arqueológicos que consiste en excavaciones sistemáticas siguiendo las normas de la estratigrafía.

G

Glaciación: período de clima frío durante el cual aumenta el área de terreno cubierto por el hielo.

H

Holoceno: período de tiempo comprendido entre fines del Pleistoceno y el momento actual.

I

Incisa: tipo de decoración practicada en la alfarería, hecha sobre la superficie del objeto cuando la arcilla no está totalmente endurecida.
Inhumación: depositación del cadáver en una fosa, cavidad natural o cámara construida ex profeso.
Interfluvio: área geográfica entre dos ríos principales y sus valles.

L

Lítico: de piedra.

M

Material Arqueológico cultural: incluye cualquier objeto (entidad discreta) sobre el que se ha efectuado alguna actividad humana de manera no ocasional y que se encuentre abandonado.
Mortero: artefacto de molienda de forma cóncava, por lo general de piedra.
M.s.n.m.: metros sobre el nivel del mar.

N

Núcleo: nódulo de piedra o guijarro en proceso de talla.

O

Obsidiana: vidrio volcánico, excelente para el tallado.
Ofrendas: evidencias registradas junto al cadáver.

P

Percutor: herramienta usada para golpear en el proceso de tallado de una piedra.
Petroglifo: grabado sobre roca.
Pictografía: pintura sobre roca.
Piedemonte: falda de cerro formada por la sedimentación de escombros procedentes de las partes más elevadas acumulados por gravedad al pie del mismo.
Piedras tacitas: morteros en roca; oquedades de molienda hechos en bloques de roca fijos.
Pirca: pared de piedra en seco.
Prehistoria: historia del hombre antes de la aparición de documentos escritos.
Prehispánico: hace referencia al período previo a la llegada de los españoles a América.

Q

Quincha: pared o techo hecho de cañas, varillas u otro elemento semejante, recubierto de barro.

R

Radiocarbono: método para determinar la antigüedad de un objeto basado en el Carbono 14, isótopo negativo del Carbono 12, producido por el bombardeo de nitrógeno por los rayos cósmicos. Al igual que el 12, el Carbono 14 es absorbido por los componentes orgánicos de toda la materia viva. Al morir el organismo, el carbono 14 comienza a desaparecer. Se mide la cantidad que todavía queda de Carbono 14 en un organismo muerto, del cual cada 5.568 años aproximadamente se pierde la mitad.
Raedera: instrumento de piedra tallada con uno o más bordes o filos que puede tener diversas formas; sirve para raer pero no para cortar.
Raspador: instrumento de piedra tallada con filos activos, uno de los cuales debe ser abrupto; sirve para raspar.
Retoque: técnica empleada en la terminación de instrumentos de piedra mediante la cual se arrancan pequeñas astillas; puede ser a presión (utilizando una herramienta de hueso, piedra o madera) o a percusión (utilizando un martillo liviano de hueso, piedra o madera).

S

Sitio arqueológico: cualquier lugar en el que existan materiales arqueológicos, agrupados especialmente y con límites restringidos, cuya distribución es resultado de una actividad humana.

T

Tembeta: adorno usado bajo el labio.
Tradición: secuencia de rasgos arqueológicos que se desarrollan partiendo unos de otros y que forman una continuidad en el tiempo.
Túmulo: acumulación de material que sobresale del suelo hecho con el propósito de señalar una tumba.

Fuente:
Gambier, M. 2.000. Prehistoria de San Juan. Editorial Ansilta (2 edición)

VI. BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Los Primeros Americanos. Editorial Antártica.
Culturas de Chile, Prehistoria. Hidalgo,J., V. Schiappacase, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (Eds.) 1989. Editorial Andrés Bello.
Cultura Aconcagua. Rodrigo Sánchez y Mauricio Massone. 1995. Imágenes del Patrimonio I. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Santiago.
Chile Antes de Chile. Catálogo exposición del mismo nombre, Museo Chileno de Arte Precolombino. José Berenguer (ed.) 1997.

BIBLIOGRAFÍA ESPECÍFICA

BERDICHEWSKY, B. 1964a. Arqueología de la desembocadura del Aconcagua y zonas vecinas de la costa central de Chile. Arqueología de Chile Central y Áreas Vecinas. III Congreso Internacional de Arqueología Chilena: 69-107. Viña del Mar.

CASTRO, V. y F. GALLARDO. 1995-1996. El poder de los gentiles: arte rupestre en el río Salado (desierto de Atacama). Revista Chilena de Antropología N° 13: 79-98.
COROS C. , C. Y C. COROS V. 1999. El camino del Inca en la Cordillera de Aconcagua. Revista El Chaski N° 1, vol. 1. Museo Arqueológico de Los Andes.
CRIADO, F.1989 We, the post megalithic people… En: The meaning of things, I. Hodder (ed.), pp: 79-89. Unwin Hyman, Londres
CRIADO, F. 2000 Walking about Lévi-Strauss, contributions to an Archaeology of thought. Philosophy and Archaeological Practice, pp: 277-304. C. Holtorf y H. Karlsson (ed.). Bricoleur Press, Gotemburgo.
DURAN, E. y M. MASSONE. 1979. Hacia una definición del Complejo Cultural Aconcagua y sus tipos cerámicos. En: Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile (1977). Editorial Kultrún. Santiago
DURÁN, E. Y M. T. PLANELLA. 1989. Consolidación agroalfarera: zona Central (900 a 1470 d.C.). Culturas de Chile, Prehistoria, Editorial Andrés Bello, Santiago.
DURAN, E., M. MASSONE y C. MASSONE 1991. La decoración Aconcagua. Algunas consideraciones sobre su estilo y significado. En: Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena (1988). Santiago.

FALABELLA, F. y R. STEHBERG. 1989. Los inicios del desarrollo agrícola y alfarero: Zona Central (300 a. C. a 900 d. C.). En Prehistoria (Cap. XIV), Hidalgo, J., V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (Eds.) pp: 295-311. Editorial Andrés Bello, Santiago.

FONCK, F. 1895. Las sepulturas antiguas de Piguchén. El Mercurio de Valparaíso, 18 de Diciembre, Valparaíso.

GAJARDO, R. Y J. SILVA. 1970. Notas sobre la arqueología de Quillota. Excavaciones en el estadio. Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso Nº 3, Valparaíso.

HERMOSILLA, N. 1983a. Sepulturas del Complejo Aconcagua en Viña del Mar. En: Clava 2. Viña del Mar.

HERMOSILLA, N. 1983b. Una sepultura del Complejo Aconcagua en la plaza de Olmué. En: Clava 2. Viña del Mar.

HERMOSILLA, N., J. SIMONETTI Y B. SAAVEDRA. 1997-1998. Ocupaciones prehistóricas marginales en Chile Central. Revista Chilena de Antropología N° 14: 113 – 125.

HERMOSILLA, N. y B. SAAVEDRA. 1999 Ms. Uso del espacio en Chile Central durante el Tardío : una aproximación explicativa desde la Arqueología y la Ecología. Informe Fondecyt N° 1960930 (tercer año y final).

IGUALT, F. 1970. Investigaciones de Petroglifos en Jahuel. Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso Nº 3.

KELLER, C. 1959. Los orígenes de Quillota. Boletín de la Academia Chilena de Historia Natural, XXVI (61): 97-130.

LATCHAM, R. 1927. El trinacrio o trisquelión en la alfarería chileno-argentina. Revista Chilena de Historia Natural Nº 31.

LATCHAM, R. 1928b. La Alfarería Indígena Chilena. Sociedad Impresora y Litográfica Universo. Santiago.

LEACH, E. 1993 (1976) Cultura y Comunicación: lo lógica de la conexión de los símbolos. Editorial Siglo XXI, Madrid.

LOOSER, G. 1931. Una pequeña colección de alfarería indígena hallada en Limache. Revista de Historia y Geografía Nº 69.

MADRID, J. 1965. Informe de la excavación de un cementerio de túmulos en la Hacienda Bellavista (San Felipe) y descripción de un aprendizaje adquirido en la misma. Boletín de la Sociedad Arqueológica de Santiago, Nº 3, Santiago.

MASSONE, M. 1978. Los tipos cerámicos del Complejo Cultural Aconcagua. Tesis para optar a la Licenciatura en Arqueología y Prehistoria. Universidad de Chile. Santiago.

MASSONE, M. 1980. Nuevas consideraciones en torno al Complejo Aconcagua. En: Revista Chilena de Antropología 3. Santiago.

MEDINA, J. T. 1952. Los Aborígenes de Chile (1882). Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina. Santiago.

NIEMEYER, H., G. CASTILLO y M. CERVELLINO. 1989. Los primeros ceramistas del Norte Chico: Complejo El Molle (0 – 800 d.C.). En Prehistoria (Cap. X), Hidalgo, J., V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (Eds.) pp: 227-263. Editorial Andrés Bello, Santiago.

NÚÑEZ, L. 1964. Bellavista negro sobre naranja, un tipo cerámico de Chile Central. III Congreso Internacional de Arqueología , Viña del Mar.

OYARZÚN, A. 1910. Contribución al estudio de la influencia de la civilización peruana sobre los aborijenes de Chile. Boletín del Museo Nacional de Chile, Tomo II, N°1, Santiago. (Reimpreso en: Estudios Antropológicos y Arqueológicos, Aureliano Oyarzún. Compilador: Mario Orellana).

OYARZÚN, A. 1912. El Trinacrio. Revista Chilena de Historia y Geografía N°5, pp: 173-180. Santiago. (Reimpreso en: Estudios Antropológicos y Arqueológicos, Aureliano Oyarzún. Compilador: Mario Orellana).

OYARZÚN, A. 1927. Los Aborígenes de Chile. Revista Universitaria, volumen XII, n°8, pp. 1093-1115.

OYARZÚN, A. 1934. Culturas Prehistóricas del valle del Aconcagua. Actas del XXV Congreso Internacional de Americanistas, Buenos Aires, Argentina. (Reimpreso en: Estudios Antropológicos y Arqueológicos, Aureliano Oyarzún. Compilador: Mario Orellana).

PAVLOVIC, D., A. TRONCOSO, M. MASSONE Y R. SÁNCHEZ. 1998a. La pequeña casa en la ladera: Blanca Gutiérrez (RML 008), un asentamiento habitacional de la Cultura Aconcagua. Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología, N° 25 (Marzo), pp.: 13-18. Santiago.

PAVLOVIC, D., R. SÁNCHEZ, P. GONZÁLEZ y A. TRONCOSO. 1999. Primera aproximación al período alfarero en el valle fronterizo de Putaendo, cuenca superior del río Aconcagua, Chile Central. Actas XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Octubre de 1999, Córdoba, Argentina.

PAVLOVIC, D. 2000. Las Casas de la Gente del Valle: el asentamiento habitacional de la Cultura Aconcagua en la cuenca del Maipo-Mapocho. Actas del III Congreso Chileno de Antropología, Temuco (1998).

PINTO, A. y R. STEHBERG. 1982. Las ocupaciones alfareras prehispánicas del Cordón de Chacabuco, con especial referencia a la caverna de El Carrizo. Actas del VIII Congreso de arqueología chilena (Valdivia, 1979).

RAMÍREZ, J. M.. 1990. Rescate de un túmulo del Complejo Cultural Aconcagua en Los Andes. Boletín Museo Sociedad Fonck N° 27. Viña del Mar.

RODRÍGUEZ, A., R. MORALES, C. GONZÁLEZ y D. JACKSON. 1993. Cerro La cruz: un enclave económico adminstrativo incaico, curso medio del río Aconcagua. Actas del XII Congreso nacional de Arqueología Chilena, tomo II: 201-222. Temuco (1991).

SÁNCHEZ, R. 1993. Prácticas mortuorias como producto de sistemas simbólicos. Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena. (1991)

SÁNCHEZ, R. 1995. Cultura Material, Arte, Monumentos y Cuerpos en el Espacio. Prácticas Mortuorias del Complejo Cultural Aconcagua. En: Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, tomo II: 281-**290. Antofagasta (1994).**

SÁNCHEZ, R. 1997. Muerte, Vida, Mujeres y Hombres en la Cultura Aconcagua. Actas del II Congreso Nacional de Antropología Chilena. Valdivia. 1995.

SANCHEZ, R. 2000. Investigaciones arqueológicas en el curso superior del río Aconcagua. Su repercusión en

la prehistoria de Chile Central. Actas del III Congreso Chileno de Antropología (Temuco, 1998).

SÁNCHEZ, R. 2000. Cultura Aconcagua en el valle del río Aconcagua, una discusión sobre su cronología e hipótesis de organización dual. Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Copiapó, Octubre 1997.

SÁNCHEZ, R., D. PAVLOVIC, A. TRONCOSO, P. GONZÁLEZ. 2001. *Últimos avances en el conocimiento de la Cultura Aconcagua en el curso superior del río Aconcagua (Chile Central). Su repercusión para la prehistoria del Centro-Oeste Argentino.* Actas XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Octubre de 1999, Córdoba, Argentina.

SÁNCHEZ, R. y N. GAETE. 1994. *El Complejo Cultural Aconcagua Hoy.* Museos N°19. Coordinación Nacional de Museos. DIBAM. Santiago

SANGUINETTI, N. 1972. Notas sobre la Arqueología de Campo de Ahumada. *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso* N° 5.

SANGUINETTI, N. 1975. *Construcciones indígenas en el cerro Mercachas (Depto. de Los Andes, Prov. de Aconcagua).* Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso N° 8. Valparaíso.

SANHUEZA, L., M. VÁSQUEZ y F. FALABELLA. 2000. Reevaluando una Mítica Triada del Período Agroalfarero Temprano en Chile Central. *Actas del III Congreso de Antropología Chilena*, (Temuco, 1998).

SILVA, J. 1964. Investigaciones arqueológicas en la Costa Central de Chile: síntesis cronológica. *Arqueología de Chile Central y Áreas Vecinas. III Congreso Internacional de Arqueología Chilena:* 263-273. Viña del Mar.

STEHBERG, R. 1975. *Diccionario de sitios arqueológicos de Chile Central.* Museo Nacional de Historia Natural, Publicación Ocasional N° 17. Santiago.

STEHBERG, R. 1981. *El Complejo Prehispánico Aconcagua en la Rinconada de Huechún.* Museo Nacional de Historia Natural, Publicación Ocasional N° 35.

VÁZQUEZ, M., L. SANHUEZA Y F. FALABELLA. 1999. *Nuevos fechados para el período Agroalfarero Temprano en la cuenca de Santiago: Presentación y Discusión.* Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología N° 28.

BIBLIOTECA NACIONAL
SERC. SELECCION ADQUISICION Y CONTROL
16 FEB 2004
DEPOSITO LEGAL
SECC. CHILENA

REFERENCIAS AUTORES

Daniel Pavlovic, Licenciado en Arqueología de la Universidad de Chile, ha participado en distintas investigaciones desarrolladas en la Zona Central y en el Norte Chico. Durante los últimos años ha centrado sus esfuerzos en el estudio arqueológico de la poblaciones que durante los períodos Alfarero Temprano e Intermedio Tardío habitaron la cuenca superior del río Aconcagua. Sus principales intereses han estado relacionados con el estudio del patrón de asentamiento, la caracterización del ámbito doméstico, las características de la cultura material y las relaciones que estas sociedades establecieron con aquellos grupos asentados en áreas aledañas, tales como la cuenca de Santiago, la zona del Choapa y la vertiente oriental de Los Andes.
Suarez Mujica 978, Ñuñoa, Santiago. pbarbaric@entelchile.net

Rodrigo Sánchez Romero, Arqueólogo, Académico del Departamento de Antropología de la Universidad de Chile, Licenciado y Magister en Arqueología de la Universidad de Chile, ha desarrollado una extensa actividad científica, desde finales de los años 80, como investigador de proyectos Fondecyt. Se ha especializado en arqueología de Chile Central, con énfasis en aspectos simbólicos y de creencias de la Cultura Aconcagua y sus contemporáneos del valle de Aconcagua, durante el PIT. Actualmente se encuentra abocado al estudio de la prehistoria del valle de Aconcagua, especialmente las modalidades de la presencia Inka.
Ignacio Carrera Pinto N°1045, Ñuñoa , Santiago. rsanchez@uchile.cl

Andrés Troncoso, Arqueológo de la Universidad de Chile y candidato a Doctor en la misma disciplina en la universidad española de Santiago de Compostela, ha enfocado su investigación hacia la temática del arte rupestre y los procesos de construcción social del espacio en las poblaciones prehispánicas de la cuenca del Choapa y del río Aconcagua. En esta última, sus estudios le han permitido definir los estilos de arte rupestre de la zona, así como el entendimiento del arte rupestre como agente activo en los procesos sociales de construcción de la realidad prehispánica de la zona. De esta forma ha podido interiorizarse en las problemáticas de la arqueología del Curso Superior del Río Aconcagua, así como en los problemas teórico-metodológicos que presenta el estudio del arte rupestre.
Villa Bella Esperanza 1221, Talagante. phandres@usc.es